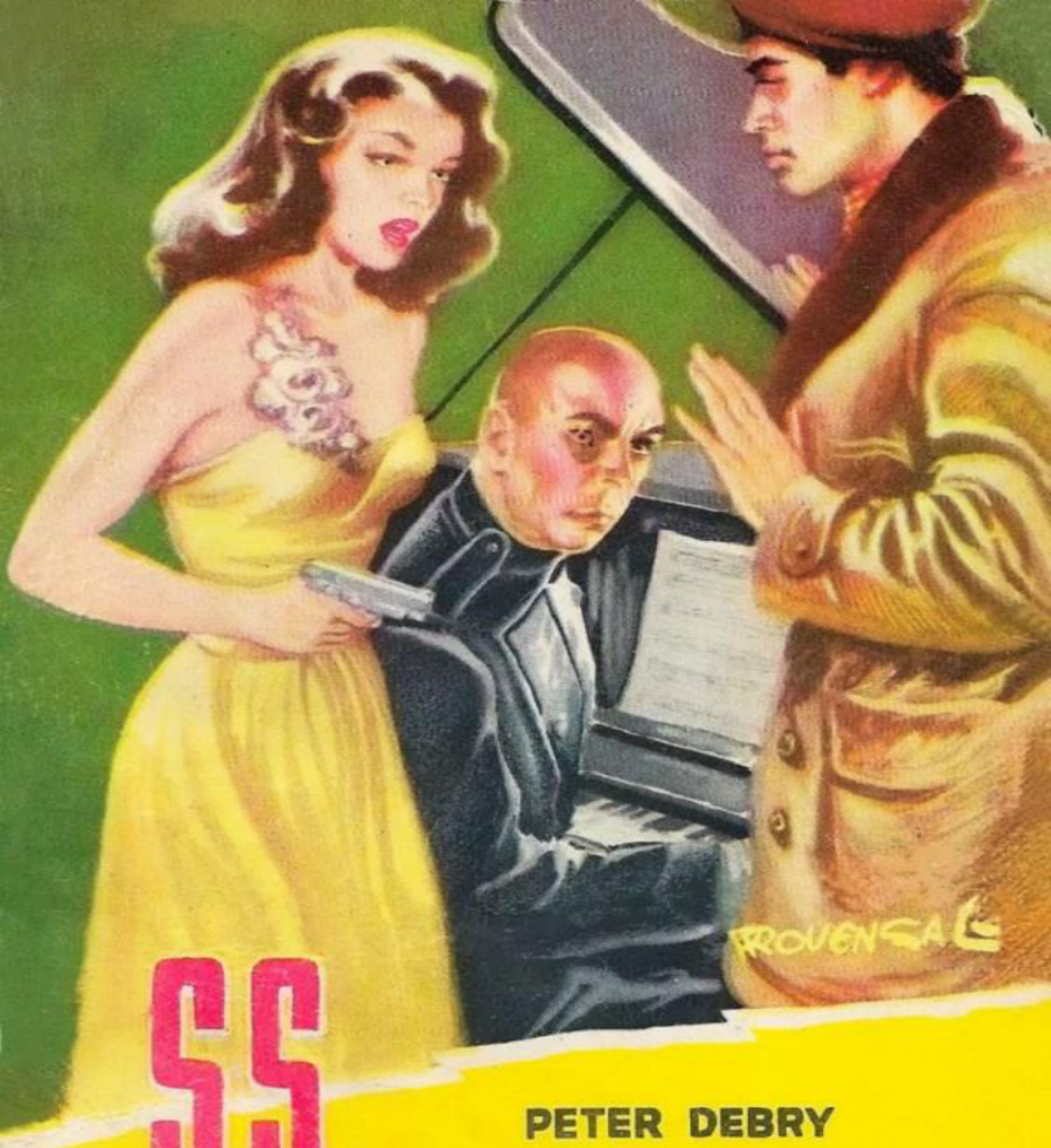

SS
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
EL "PLAN ERIZO"

PETER DEBRY

EL PLAN “ERIZO”

1ª EDICIÓN
ENERO – 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

1—. La brigada de los suicidas. **4—.** Sirenas tropicales. **6—.** Los cuatro ases. **8—.** El castillo de los ahorcados. **10—.** Peces de platino. **12—.** Gangsters en Casablanca. **14—.** Valses tétricos. **16—.** Los buitres negros. **18—.** En busca de una cabeza. **20—.** La atómica en Hollywood. **24—.** La bella del Bósforo. **26—.** La isla corazón. **28—.** Los diablos del Ártico. **32—.** El pulpo humano. **34—.** La pequeña tonquinesa. **36—.** Piratería moderna. **38 —.** Un pistolero en el F. B. I. **40—.** Dama «Dinamita». **44—.** Doctor Borgia. **46—.** Asesinatos en el Estadio. **52—.** La muerte lenta. **54—.** Platillos volantes. **56—.** Aviones sin rumbo. **64—.** El vampiro de Brooklyn. **66—.** Cadáveres ambulantes. **69—.** Gongo Kong. **71—.** Tiburones del Tritón. **73—.** Balas perdidas. **77—.** Tobillos de oro. **80—.** Los muertos no mienten. **83—.** Naipes siniestros. **89—.** Ruta salvaje. **91—.** La ley del machete. **93—.** Calavera de plata. **95—.** Horas trágicas. **97—.** La dama de los Nenúfares. **102—.** La fiera acosada. **104—.** Corsarios anfibios. **106—.** Trágica apuesta. **108—.** Los evadidos de Cayena. **110—.** La banda de la zarpa. **114—.** El caso del caimán. **117—.** Arsénico y estilete. **121—.** La red del dragón. **123—.** Tres en el infierno. **127—.** Pistas sangrientas.

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

PRINTED IN SPAIN

El PLAN ERIZO

POR

PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

En aquel barrio exterior de Londres, el edificio gris, de dos plantas, rodeado de breve jardín, no se diferenciaba en nada de los muchos semejantes.

Tan sólo, abierta la puerta, se notaba la diferencia, ya que en el amplio vestíbulo, confraternizaban marineros británicos y franceses. El edificio era la sede administrativa de una flotilla mixta de naves británicas y de la Francia Libre.

Los que en el vestíbulo atendían las visitas, teléfono y receptores, estaban acostumbrados a no extrañarse ante la presencia de oficiales barbudos, macilentos y malhumorados.

No obstante, los dos que aquella tarde de abril de 1944 tenían a su cargo el servicio de retén de la Sección Cuarta, miraron con cierta aprensión al teniente de corbeta que acababa de repicar con los nudillos sobre la madera del «mostrador», que daba cierta apariencia de agencia de viajes al amplio vestíbulo.

El marinero que llevaba puesto el casco estaba excusado de saludar. No así el que turnaba de «receptor» que se puso precipitadamente en pie.

—Participe al jefe de servicios, que el teniente Víctor Brissac solicita ser recibido.

—¡A la orden, mi teniente!

El marinero escribió en su bloc y entregó la hojilla al telefonista, quien manejó una clavija y transmitió, para a su vez escribir, y entregar al otro, que leyó en voz alta:

—El comandante Lefebre le ruega vaya a su despacho, mi teniente. Corredor sexto, puerta…

Pero el teniente Brissac se alejaba ya, hacia el fondo a la izquierda.

El marinero volvió a sentarse junto al otro, que comentó:

—Tiene ojos de gato rabioso, y habla mordiendo las palabras. Debe ser una fiera a bordo. Nunca le he visto. ¿Y tú?

—Tampoco. Oye, yo no soy imaginativo, pero al verle me dió algo así como un vuelco en las tripas. Este oficial ha debido pasarlas muy negras o se dispone a matar a alguien... He visto submarinistas salvados después de muchas fatigas, he visto náufragos desesperados, he visto a tipos que iban a fusilar y ninguno me causó la extraña impresión que produce ver al teniente Víctor Brissac. ¿Qué le pasará?

—Allá él. Pero la verdad es que tiene una pinta que asusta... ¡A la orden, mi comandante! ¡Sí, mi comandante¡...

Los dos olvidaren al teniente Brissac, al ser requeridos por la rutina.

En su despacho, el comandante Lefebre consultaba una carpeta que acababa de extraer de su archivo. Su ayudante abrió la puerta y estrechó silenciosamente la diestra del que entraba, abandonando el despacho.

El comandante Lefebre no sabía sonreír, pero lo intentó al invitar:

—Siéntese, Brissac. No le recrimino su aspecto, ya que comprendo ha acudido usted inmediatamente, apenas desembarcado. Puede fumar.

Mientras hablaba miraba al que, sentado, conservaba sobre el antebrazo izquierdo la gorra. Un rostro macilento, enjuto, donde resaltaba más la barba rojiza, el cabello rizado y cobrizo, los grandes ojos verdes, las mandíbulas pronunciadas...

El uniforme moldeaba un cuerpo esbelto, pero de macizas espaldas. Un uniforme manchado, deslustrado, que pedía un lavado urgente.

Atribuyó Lefebre a natural cansancio la expresión especial del rostro del joven oficial. Y como era su costumbre, fué rutinario, cuando volviendo a sentarse, resumió con precisión el contenido de la abierta carpeta:

—El 26 de noviembre del año último, se le encomendó una misión difícil y secreta, para cuyo cumplimiento embarcó la misma noche del 26, en el torpedero «Gironde», que le trasladó al submarino «U-14», con rumbo a las Antillas. Tuvimos la satisfacción de constatar que en las islas, y en Panamá, realizó usted satisfactoriamente su cometido, salvando los peligros de los agentes enemigos y consolidando fuentes de suministro de combustible para nuestros navíos. En estos cinco meses, ha prestado usted un valioso servicio, aunque anónimo, muy glorioso. Ahora sólo le resta firmar estas hojas, simple rutina.

Víctor Brissac cogió la estilográfica que le tendía Lefebre, y fué firmando donde apuntaba el índice de su superior, que comentó:

—Le excuso la distracción, teniente. Pero es norma leer siempre

antes de firmar. No es reproche, Brissac, sino comentario… ¿Le sucede algo?

—Nada, señor.

—Le encuentro, raro. Debe comprender que me extraña no verle satisfecho de sus cinco meses que no exagero al calificar de heroicos.

—Cumplí con mi deber, señor.

Y en pie, Víctor Brissac añadió:

—Pido permiso para retirarme, señor.

—Un momento, un momento… He de firmarle el volante de Caja, por sus cinco pagas oficiales atrasadas y este es el salvoconducto que especifica su permiso de quince días.

Lefebre tendió las dos hojillas y le pareció casi una burla, decir lo rutinario:

—Diviértase, muchacho. Sin imprudencias.

Víctor Brissac saludó, irguiéndose y dio una media vuelta perfectamente reglamentaria. Iba a ser su ultimo acatamiento de la disciplina.

Había ya salido, cuando el comandante murmuró:

—Este muchacho está muy cambiado. ¿Qué demonios le pasará?

Pero también se olvidó del teniente Brissac, requerido por otros asuntos. Terminaba su servicio a las once de la noche. A las once menos cinco, miró con reproche la luz del dictáfono que sólo se encendía cuando le llamaba el vicealmirante inglés, jefe único de la flotilla mixta.

El servicio era el servicio, pero ya podían haberle llamado antes… Bajó la palanca, y la voz pausada, solemne, del vicealmirante, gangueó:

—…Tenga la bondad de visitarme inmediatamente, en mi despacho. Es urgente. Uno de sus oficiales acaba de asesinar al capitán Brooks.

Lefebre respingó, hondamente soliviantado y muy agitada la respiración penetró en el severo despacho del vicealmirante, dispuesto a recriminar el empleo de la palabra «asesinato» en relación imposible con «un oficial francés».

El vicealmirante adivinó la contenida indignación de Lefebre y atajó secamente:

—He empleado deliberadamente la expresión «asesinato», y soy el primero en lamentarlo. Le informo que después de disparar contra una señorita llamada Janine Martel, el teniente de corbeta Víctor Brissac ha asesinado al capitán Reginald Brooks. Los hechos han sucedido así…

***

Víctor Brissac, al abandonar la sede administrativa de la flotilla mixta, penetró en el «taxi» que le aguardaba, al que dió la dirección de un hotel céntrico.

A las seis en punto, después de afeitarse y bañarse, vestido con un traje gris cruzado, recogió de un perchero su gabardina, que se echó sobre un hombro.

Quedó al descubierto el cinto colgante, con la pistola reglamentaria, de calibre 9 corto; la sacó de su funda, colocándola en el bolsillo interior de su americana, como si fuera un billetero.

A las seis y cinco entraba de nuevo en el «taxi», cuyo chofer examinaba con simpatía el contador, que marcaba ya una cifra elevada.

—¿Dónde, mi teniente?

—A Sheen Gate, 16, Richmond —replicó Brissac. Hablaba un inglés suficientemente pasable.

El chofer asintió, pero cuando ya el coche rodaba hacia el Este, dejando atrás el casco urbano, se creyó honestamente obligado a advertir:

—Es tarifa doble, mi teniente, por ser extrarradio.

—No todos van a salir perdiendo esta noche.

El comentario le pareció al chofer algo incoherente, aunque más tarde, al declarar, comprendió lo que había querido decir su cliente.

A las seis y cuarenta, el «taxi» se detenía ante una casita, estilo *cottage*, en un sendero lateral de la carretera de Richmond. Contempló el chofer con cierta envidia, el guapo muchacho que bajo el porche, pulsaba el timbre.

Él era gordo, pequeño y calvo, pero después, hacia las once de la noche, celebró no ser un guapo muchacho de ojos verdes y cabello cobrizo y ondulado…

Víctor Brissac, cuando la puerta se abrió, conminó secamente:

—No te asombres sí chilles, querida…

La mujer que había acudido parecía atacada de parálisis, y fué Brissac el que cerró la puerta y avanzó hacia el interior, aproximándose al fuego que ardía en el hogar.

Y de espaldas, masculló:

—Cinco meses de infierno, confiando en ti. Al menos ten el valor de no disimular tus actos, Janine. Prometiste descorchar legítimo champán. Anda, hazlo, porque tengo la garganta ardiendo…

—¡Víctor! —gimió ella, corriendo hacia el hombre que le volvía la espalda.

Rozaban ya sus manos los hombros, cuando Víctor Brissac dió una media vuelta rápida y apretó el gatillo, casi a quemarropa…

La columnilla de humo se elevó, mientras Janine Martel se desplomaba lentamente, denegando con la cabeza, turbios ya los hermosos ojos…

Víctor Brissac volvió a colocar su pistola en el bolsillo interior de la americana y sin mirar al suelo, abandonó la casa.

Al llegar junto al «taxi», el chofer dijo asombrado:

—Esto… mi teniente, me pareció oír un disparo…

—El taponazo de una botella de champán, con que la señorita que he visitado acogió mi visita. Al 78, de Cheyney Walk, en Chelsea.

—Muy bien, señor.

Atrás, retrepado en su asiento, Víctor Brissac percibió que en sus ojos ardía algo líquido. Podían ser lágrimas; y con salvaje furia, se mordió el puño derecho.

Pensaba qué había decidido matar a Janine Martel con lenta delectación, y había sido incapaz de hacerlo. Debía ahora ser frío, calmoso y prolongar el placer de matar al capitán Reginald Brooks.

A las ocho menos cuarto, el «taxi» se detuvo en el céntrico paseo del aristocrático Chelsea, ante el número 78.

Por la abierta ventanilla interior, Brissac tendió un billete de cinco libras, diciendo:

—Guarde la vuelta, amigo. Conduce usted magníficamente.

—¡Gracias, mi teniente! —exclamó jubiloso el chofer, ante aquella esplendidez—. ¿No quiere que le aguarde… gratis?

—Tardaré mucho, y además, el hombre a quien voy a visitar, tiene coche.

El número 78 de Cheyne Walk, era un edificio de cuatro pisos, de departamentos amueblados para solteros.

En el rellano último, en la cuarta puerta, llamó Brissac. Abrió un impecable lacayo.

—Avise al capitán Brooks que el teniente Brissac está aquí.

—El capitán está ausente, señor.

—Le esperaré.

—Como quiera el señor.

Víctor Brissac estaba ya en el salón amueblado con excelente buen gusto. El criado tosió profesionalmente:

—Me permito sugerir al señor la posibilidad de encontrar al capitán en el «Savoy».

—Gracias. Usted mismo puede hacerme el favor de telefonear al capitán, indicándole que me hallo aquí.

El criado desapareció y Brissac fué a sentarse en el taburete giratorio, alzando la cubierta del piano. Sus dedos ágiles, recorrieron el teclado.

La melodía que interpretaba era sensiblera, pegadiza… Alzó las

manos, al oír la tosecita.

—El capitán se alegra sobremanera de su regreso, señor, y me ordena le comunique que tardará apenas cinco minutos. Me ha ordenado el capitán que disponga una cena fría y me tome unas horas de distracción. Gracias, señor.

Víctor Brissac siguió interpretando «Llueve sobre la carretera», cuyo ritmo tristón, era ya una obsesiva salmodia para él. Era la canción favorita de Janine Martel, que la cantaba con lánguida dulzura…

Aplastó las manos sobre el teclado, cuando presintió que el llavín que acababa de abrir, era manejado por el dueño del piso.

Sudaban sus palmas, pero en su mente una grotesca máxima fué repitiéndose:

—«La venganza es un plato que se come frío.»

Un apuesto individuo, con uniforme de capitán de fragata británica, entró en el salón. Era alto, envarado y su salutación fué elocuente; aunque su francés era graciosamente acentuado:

—Celebro volverte a ver, Víctor y espero me dejarás explicarte lo sucedido.

Víctor Brissac arqueó una ceja, para replicar burlón:

—Para esto he venido aquí «milord». Yo sé que sabrás explicármelo todo.

Reginald Brooks, baronet, pareció sumamente aliviado. Rió:

—Somos dos caballeros y espero que tu habitual filosofía te permitirá reaccionar estoicamente. Pasamos al comedor, donde brindaremos por tu feliz regreso.

—No comprendo por qué estás inquieto, «milord».

—Es un poco molesto tener que reconocer que debo ser plenamente sincero contigo.

Los dos en pie, se miraban con oculta tensión, como dos esgrimidores tanteando sus floretes. Reginald Brooks señaló una puerta abierta.

—Tomaremos algo; ¿quieres, Víctor?

—No nos vendrá mal, «milord».

—Me llamabas así en broma, pero te ruego seas menos caustico… hasta que quede todo aclarado.

Entraban en el comedor, donde la mesa rutilaba de plata y cristal tallado, y recuadros de fino lienzo cubrían bandejas. Del cubo ahorquillado en su soporte, extrajo Brooks un frasco de capuchón dorado…

La risa de Brissac sonó amortiguada en su estridencia.

—Champán legítimo, «milord». Le haremos honor.

El taponazo restalló como un disparo, y Brooks, escanciando en dos copas, comentó:

—Sólo los aldeanos hacen sonar el tapón, pero alegra oírlo.

Los dos bebieron sin brindar y el inglés se sentó, mientras Brissac lo hacía frente a él, separados por la anchura de la mesa.

—No sé cómo empezar, Víctor.

—Hazlo por el principio, y te ayudaré. El 26 de noviembre último, a las ocho de la noche, viniste a despedirme en Falmouth. Te recomendé le dijeras a Janine Martel que me había sido imposible despedirme de ella. Había yo jurado no revelar a nadie mi misión, pero a ti te lo revelé, ya que éramos compañeros de armas. Te pedí como favor especial evitaras que ella se preocupara. Hace exactamente tres días, en la escala de Lisboa, un oficial me participó que Janine y tú os ibais a casar… creo que pasado mañana. Sé que me considerabas un cínico, mujeriego y muy francés. Bien, «milord», te cedo la palabra.

Reginald Brooks volvió a escanciar y bebió. Al depositar la copa vacía, respiró a fondo; y tardó unos instantes en hablar:

—No hubo deslealtad en ella. Y en cuanto a mi… comportamiento, es violento decirte que nunca pensé que sobrevivieras a tu misión, Víctor. Ibas a meterte entre una turba de espías, que te impedirían conseguir tus propósitos. Era forzoso que descubrieran que te proponías contratar petróleo y en el Caribe, más que nunca por estos tiempos azarosos, la vida humana tiene escaso valor.

—Te ayudaré, «milord». Diste por descontado que moriría.

—Exacto. Perdona, pero… es así, y sobre todo, ya que me propongo no mentir, he de confesar que nunca conocí a una mujer con tanto don de seducción como…

—Déjalo… No ignoro que Janine atesora mil perfecciones y mejor que la apartes a ella. Está claro que tú eres guapo, rico y con título. En estos cinco meses, escribí una veintena de postales, de texto insulso y firma falsa. Pero ella sabía que eran mías, y que por tanto yo estaba muy vivo.

—Yo… las intercepté. Verás, yo sospeché que tratarías de escribirle a ella, y pude… ¡Dios, que difícil es todo esto, si no me ayudas!…

—Te ayudo, «milord». Estás agonizando de vergüenza, al tener que admitir que eres un canalla.

Reginald Brooks se cubrió el rostro con las manos, porque le temblaba la boca.

—Me enamoré tan perdidamente, que para mí ya no existió el honor, sino un solo sentimiento… Pero ahora, Víctor, confesaré ante ella mi deslealtad, y renunciaré… Si puedo. Que ella decida, porque creo que me corresponde y cuando… te creyó muerto, lloró, pero…

—Se consoló rápidamente. Te repito que la apartes a ella.

—Es que por ella, que me apasionó sin quererlo, fui capaz de falsía. Además, siempre estuve convencido de que no volverías.

—He vuelto, y no tienes por qué atormentarte pensando en si podrás renunciar a Janine Martel, ni esperar su decisión.

Reginald Brooks, apartando las manos, adelantó el busto, dilatados los ojos. Víctor Brissac silabeó:

—Yo disparé, pero tú eres el asesino de Janine Martel.

El silencio duró minutos… Las manos de Brooks estaban engarfiadas como garras sobre el delicado mantel. Murmuró roncamente:

—No puedo creerte. Tú la querías.

—Posiblemente más que tú, pero debía haberte visitado primero a ti. Ahora ya es tarde, y te acuso de asesinato de Janine Martel.

Reginald Brooks se irguió. Sus ojos contenían un inmenso odio… Víctor Brissac rió con estridente sarcasmo:

—Me temo que Gran Bretaña va a perder un título, pero el mundo ganará en limpieza. No tienes perdón, porque presumes de caballero, y has sido doblemente traidor: al compañero de armas y a tu misma patria, porque aprovechaste una ausencia…

Las manos de Brooks arrancaron el mantel, derribando con estrépito la vajilla y su contenido. Empujó la mesa, congestionado el semblante y saltó hacia adelante, tropezando, dando manotazos, casi ciego de furor.

Sus manos asieron por el cuello a Brissac, que habiendo esquivado el peso de la mesa, pareció complacerse en dejar que las manos convulsas de Brooks le asieran.

A su vez enlazó el cuello de su adversario, y los dos rostros casi, juntos, rebosaban de primitiva furia…

Las manos de Reginald Brooks fueron abriéndose, mientras su rostro se amorataba y se arrodillaba lentamente.

Víctor Brissac soltó el cadáver del hombre estrangulado, cuando percibió en sus palmas una frialdad sin latidos…

Miró en rededor hasta lograr concentrarse, y volver en sí. Se dirigió al salón, donde sobre el piano había un portarretratos. Con gestos de autómata, sacó la fotografía, cuya dedicatoria decía:

«Al hombre que me hizo olvidar, con todo amor,

»*Janine*.»

Fué recorriendo las habitaciones, hasta recoger todas las fotografías; en total, siete. En ellas exhibía su maravillosa belleza la que había sido la única mujer que el teniente Víctor Brissac había amado.

Abandonó el piso y bajo la llovizna, anduvo a paso rápido, hacia

el puente de Battersea. Su propósito era firme. Encaramarse y saltar apoyando en su sien la pistola.

Pero en el puente, estimó demasiado cobarde aquel final. Llamó un «taxi».

A las nueve y diez, un oficial de guardia en la prisión de oficiales de Aldershot, se sobresaltó al oír declarar al recién llegado:

—Soy el teniente de corbeta Víctor Brissac, de la Sección Cuarta de la Flotilla Mixta. Acabo de estrangular al capitán Reginald Brooks, último baronet de Deventer. Anota en tu registro, que el motivo del asesinato ha sido muy vulgar: celos póstumos. Anda, compañero, llévame pronto a una celda, antes que me dé por emplear esta pistola.

El oficial de guardia, incrédulo, prefirió contemporizar, dando por seguro que aquel individuo de ojos verdes, estaba loco. Dijo amable:

—Ven conmigo, compañero. Te llevaré a la celda mejor y avisaré al juez militar de servicio.

—Cuanto antes terminemos, mejor.

A las diez y cinco, un juez militar penetraba, en la celda, en compañía de un intérprete jurado y un secretario taquígrafo.

Víctor Brissac, en mangas de camisa, recitó:

—Janine Martel residente en Richmond, Sheen Gate, era mi novia, y en mi ausencia prefirió a Reginald Brooks. Hallarán los dos cadáveres, y pido por favor especial, que me fusilen lo antes posible. Mi jefe inmediato es el comandante Lefebre. No añadiré una sola palabra.

El juez militar, perplejo, replicó:

—Tomaré los informes pertinentes, teniente Brissac.

—Añada mi informe particular. Iba a suicidarme, pero lo consideré impropio. Buenas noches, señor.

Los tres abandonaron la celda, y antes de coger el teléfono, dijo el juez militar:

—Me parece que no está en sus cabales…

Pero cinco minutos después, había cambiado de opinión, si bien obedeció, al oír la seca orden del vicealmirante jefe:

—…Incumbe al consejo de guerra sumarísimo de mi departamento, coronel. Usted se inhibe, y pasa la diligencia a mi autoridad. Buenas noches.

En su celda, Víctor Brissac fumó siete cigarrillos seguidos, encendiendo cada uno de ellos, con la llama una fotografía. Después, rendido, se tumbó boca abajo en el camastro. Se durmió, mordiendo en salvajes sollozos la almohada…

CAPÍTULO II

Eran las ocho de la mañana del día siguiente, cuando la puerta de la celda rechinó, para ceder el paso al comandante Lefebre.

Víctor Brissac, sentado en el camastro, saludó incisivo:

—Por todo lo que más quiera, señor, no me sermonee. He asesinado a una mujer, y nada puede devolverle la vida. En cuanto al otro, cien veces lo repetiría. Fué poco duradero el momento en que le vi morir lentamente. Usted es francés y me molesta haya venido. Creí que eran ingleses los que debían juzgarme.

Lefebre asintió solemnemente, mientras cogiendo una silla, la aproximaba al camastro. Se instaló, y no pudo evitar ser el de siempre con su rutina:

—A las once menos cinco de esta noche, el vicealmirante me comunicó su deplorable acción, teniente Brissac. No he dormido en toda la noche, y he logrado un aplazamiento del consejo de guerra. A no ser por mi intervención, usted iba a ser fusilado esta madrugada, ya que el tribunal se hubiera reunido a las tres. Usted ha matado a un superior.

—Ni le agradezco su intervención, ni le juzgo capacitado para comprender toda la acre ironía que inconscientemente destila el tratamiento de «superior» aplicado a ese hombre.

—Usted, Brissac, es un militar, y no un hampón. Yo no he venido a sermonearle, sino a puntualizar determinados extremos. En la Armada le consideran un valiente temerario, incapaz de faltar a un juramento. Doce plomos británicos van a terminar con usted antes de que anochezca. Una muerte merecida, pero inútil.

—No quiero ser un sentimental desplazado, al confesarle que ya todo me tiene enteramente sin cuidado, señor. Y le llamo así, porque tiene usted años suficientes, y al fin y al cabo, es un buen hombre.

—Tal vez cambie de opinión sobre mi bondad, cuando le haya expuesto el motivo de mi visita. Su acción es merecedora de que le fusilen y yo sé que usted mismo está deseando morir. Me consta que el ser un asesino circunstancial, no le ha hecho perder el concepto de la valía de su juramento. Y por encima de todo, sé que usted preferirá morir rindiendo un último servicio, para el que está doblemente capacitado. Por su temperamento de aventurero y porque no podrá sobrevivir a su acción.

—Si está usted al frente de la sección del Servicio Secreto

francés de la Armada, será porque le consideran conocedor de psicologías, pero ignoro a dónde conduce esta conversación.

—Con plena convicción de que ha de morir, Brissac, vengo a proponerle una muerte útil. Mi colega inglés, emitió la opinión de que usted podía intentar escaparse. Yo he jurado que usted no escapará, si me jura acatamiento.

—Sigo sin entender.

—Le expondré unos antecedentes. Tiene el Servicio Secreto la convicción, sin pruebas, de que en la costa bretona, los alemanes están preparando o han organizado ya una defensa invisible contra una posible invasión aliada. Sería absurdo menospreciar el valor del servicio alemán de contraespionaje.

—Por favor, Lefebre, quiero estar a solas. Le repito que todo ha terminado para mí.

—Tolere mi presencia unos momentos más. Han sido seleccionados cuatro agentes, que serán lanzados en paracaídas al interior de Bretaña. Llevarán como misión encontrar esta línea defensiva invisible, que nuestro servicio no duda ha hecho instalar a lo largo de la costa, el coronel Ralf von Deibler.

—¿Von Deibler? Es el talento de la Gestapo en Francia, ¿no?

—Es inteligente, formidablemente inteligente, y ocupa el cargo de comandante militar de la costa bretona desde principios de año. Ha eliminado en estos tres últimos meses, numerosos agentes nuestros y destruido la red de resistencia que teníamos en contacto con nosotros, en la costa bretona. Los cuatro agentes que serán lanzados en paracaídas, tienen cada uno señalado un terreno, y poseen una pista. Déjeme insinuarle un heroico suicidio, Brissac.

—Insinúe. Total… repito que todo me tiene sin cuidado.

—Usted, en compañía de los cuatro agentes, es lanzado en paracaídas. Ha de limitarse a no dejarse atrapar, y ha demostrado servir sobradamente. Yo le indicaría dónde debe alojarse, y los posibles refugios que usaría sucesivamente, a cada visita de la Gestapo… hasta que llegaría un día, en que fatalmente le atraparían… porque mi propio servicio le delataría a Ralf von Deibler.

Víctor Brissac frunció el entrecejo y Lefebre continuó imperturbable:

—Usted ignorará el momento en que lo detendrán, porque será el preciso momento en que nuestro servicio, sepa que uno de los cuatro agentes ha conseguido ya averiguar la situación de la línea defensiva. Tan pronto lo sepamos, informaremos por conducto especial, al coronel von Deibler, que un tal Víctor Brissac, que está escondido en tal sitio, posee un papel de fumar en el que ha escrito en clave las características de la línea defensiva… y así el agente

que realmente está en posesión del plano, tendrá más facilidades para regresar, porque Von Deibler concentrará todo su esfuerzo en atraparle a usted.

El comandante Lefebre hablaba con brusquedad, sin la menor entonación cordial. Prosiguió:

—Es inexorable su muerte, Brissac, pero sería al menos provechosa, y casi le convendría la acción violenta, porque apenas ponga las plantas de los pies en suelo francés, los hombres de Von Deibler, le acosarán. Indudablemente, usted sabrá prolongar lo más posible su breve estancia en Bretaña… hasta caer. Yo he jurado al Almirantazgo, que si usted acepta, cumplirá. Hay mucho escepticismo, y la rigidez británica no se aviene a dar por bueno mi plan. He tenido casi que afirmar que usted es como si dijéramos… un «gangster» que hasta ayer tarde trabajaba patrióticamente, y a partir de ahora, sabría prolongar su sentencia de muerte hasta el oportuno momento en que… caerá, porque yo mismo, por conducto ajeno, lo delataré a Von Deibler.

—Ellos no lo pueden comprender, mi comandante. Usted piensa que yo no pagaré bastante lo que supone un deshonor para el uniforme, con doce balas inglesas en corto plazo. Supone que debo sudar agonías en espera de que Von Deibler me atrape en la guarida, sin fallo, ya que usted mismo le indicará el sitio. Y realmente, doce balas inglesas serían demasiado benignas para el asesino de una mujer. Bien, acepto, y usted sabe perfectamente, que cumpliré. Otro tal vez huiría… Yo no, porque quiero ser mi propio juez, y le doy gracias por su intervención, sin ironías y cinismos. Usted cree con ello favorecer a Francia, y yo simplemente, ajusticiarme. Juro por el honor que tuve como oficial, servir fielmente sus instrucciones.

El comandante Lefebre asintió, sin que su rostro manifestara ninguna emoción. Abrió la cartera de documentos que hasta entonces conservaba sobre las rodillas y sacó una libreta.

—Le resumiré su contenido, que usted se aprenderá de memoria, destruyéndola al estar seguro de todo. No es desconfianza, sino elemental prudencia, evitar que entre sí se conozcan los agentes que van a ser lanzados en paracaídas. Subirán al avión, vendados los ojos, y les quitará la venda, el segundo piloto, en el momento de tener que emplear el paracaídas. No podrán hablar mientras dure el viaje. Esto no es melodrama, sino medida de seguridad para los agentes restantes, por si uno cayera preso, y Von Deibler, refinado artista, intentara hacerle revelar el aspecto físico de los otros.

—De acuerdo, señor.

—Usted habrá de ir a Trébeurden, y lo lanzarán entre Moríais y Paimpol. En Trébeurden se alojará en la hostería «Le Turbot», y

frecuentará un cafetín cercano al faro, llamado «Fuis Cafard» (Huye, escarabajo), que alude a su presunción de ahuyentar la tristeza marinera. Mientras pueda, no apriete gatillo, y para cuando ya no le sea posible, permanecer en Trébeurden, tiene en esta libreta señalados otros refugios por orden de huida. Si consigue que Von Deibler le considere digno de interés, facilitará la labor de los otros cuatro agentes. Lleve siempre este librito de papel de fumar encima. Lo coserá en el interior del chaquetón de cuero que revestirá camino del aeródromo, en el coche en que yo vendré a buscarle aquí. Ahora, si tiene que hacer preguntas, y yo puedo contestarlas, hágalas.

—Podría usted indicarme algo acerca de esa invisible línea defensiva.

—Usted no debe emplear el cerebro más que con una finalidad. Prolongar lo más posible el momento de su caída en manos de Von Deibler.

—Bien. ¿Puedo saber cuándo saldré de aquí dentro?

—Cuando el piloto reciba del servicio meteorológico de costa, el parte favorable de poca visibilidad.

—Me disgustaría que usted me creyera un vulgar asesino, señor.

—Lo siento, teniente Brissac, pero usted se ha comportado como un vulgar asesino. Espero que su final, redimirá su memoria. No siento por usted la menor compasión, aunque… me es forzoso admitir su valentía. ¿Algo más, Brissac?

—Agradecerle la ocasión que me da para seguir comportándome «como un vulgar asesino»… Y oiga, comandante Lefebre, casi, casi… sentiré por cada individuo de la Gestapo que caiga al yo apretar el gatillo o las manos, lo que no experimenté al estrangular al honorable capitán Reginald Brooks.

Cerca de la puerta, Lefebre dijo con dureza:

—Comprendo que la gran belleza de Janine Martel, pueda extraviar a hombres de su estilo, Brissac. Hasta pronto.

El «Intelligence Service» tuvo que emplear toda su influencia, en apoyo de la arriesgada teoría del comandante Lefebre, para conseguir del Almirantazgo británico que no fueran doce balas inglesas las que fusilaran a Víctor Brissac.

El argumento más decisivo fué que apenas pisara suelo bretón, Víctor Brissac sería controlado por el propio servicio aliado… sin contar con el inteligente servicio de espionaje de Van Deibler.

Habían pasado dos días, cuando el 28 de abril, Víctor Brissac salía de la prisión militar londinense, para subir a un coche, acompañado por el comandante Lefebre.

En el interior, fué cambiándose de ropa. Una camisa de lana, a cuadros, un pantalón de pana gris, unas botas de pescador bretón,

un chaquetón de cuero, y una boina marrón.

Percibió en los dos bolsillos interiores un peso.

—Pistolas ametralladoras, con cargador de veinte. En el cinturón lleva usted munición de repuesto. Diez cargadores —explicó Lefebre.

—Un arsenal ambulante.

—Alardea de cínico, Brissac, y tal vez si hubiese llorado…

—¡Calle, señor, se lo… ruego Usted es incapaz de comprender lo que era haberse enamorado de Janine Martel. ¿Acaso usted siquiera la vió? El propio Brooks, que el infierno goce…

—Le ordeno enmiende esto último, Brissac. Es impropio de un hombre ensañarse en su víctima. El capitán Brooks murió, y en paz descanse. Lo mismo diré, cuando Von Deibler termine con usted.

Ambos guardaron silencio, hasta que el coche se detuvo en un lugar de la costa inglesa. Una noche enteramente tenebrosa.

Un individuo vestido con el atuendo de aviador, saludó al comandante Lefebre, que dijo:

—Buen viaje, amigo Jeffrey. Dentro de un instantes, estará con usted Brissac.

Comprendió el ayudante de piloto la indirecta, y se apartó. Frente a frente, Lefebre y Brissac, permanecieron un instante silenciosos.

Por fin, Lefebre alzó la diestra, que mantuvo en primera posición de saludo militar. Su voz siempre seria y rotunda, tuvo algo de vacilante, al manifestar:

—Dios nos perdone a todos, teniente Brissac. Tengo el honor de decirle adiós.

Bajó bruscamente la diestra y dio la clásica media vuelta militar, mientras Brissac, que había levantado maquinalmente la diestra, interrumpió el gesto, y apenas hubo desaparecido en el interior del coche el comandante, presentó la palma de la mano y susurró, evocando a los gladiadores:

—Con placer, Cesar, los que van a morir te saludan. Buen viaje, comandante Lefebre, y sigue siendo un buen hombre.

Giró sobre sus tacones, porque pese a la niebla, su siempre alerta sexto sentido de hombre avezado a vivir entre peligros, le había anunciado la proximidad de alguien.

—Segundo piloto Jeffrey, a tu servicio, Brissac. Cuando quieras, te empaqueto la cara.

—Ya mismo, Jeffrey. Y espero que no te olvidarás tampoco de sujetarme el paracaídas antes de echarme al foso de los leones.

—Tengo práctica. Como luego vas a pasarle unas horas sin hablar ni oír más que el motor, y algún que otro posible chupinazo de los antiaéreos puedo decirte que os admiro a todos vosotros. He

llevado ya once, en tres tandas.

Rodeaba ya la cabeza de Brissac con un tupido lienzo negro, clarificado ante la nariz y añadió:

—Es horrible veros tendidos con la cabeza tapada, hasta que yo toco en el hombro a uno, y «¡zas!», sembrado… Y todo por un estúpido asunto que el Servicio Secreto llama el «Plan Erizo»… ¿Te das cuenta? El «Plan Erizo»…

Víctor Brissac ya no oyó más, y asido del codo, anduvo, hasta que percibió bajo sus espaldas algo blando, después que Jeffrey, con las manos, le hubo señalado la posición de tendido en aquella carlinga de avión que iba a «sembrar» cinco espías en la costa bretona, cuyo comandante militar era el coronel Ralf von Deibler, apodado en la Gestapo, «Sublime Verdugo».

CAPÍTULO III

—El erizo es un animal astuto, señores, porque formalmente parece una bola sedosa, pero cuando le conviene, es un amasijo de inesperados pinchos.

Uno de los trece oficiales alemanes que alineados, escuchaban a Ralf von Deibler, pensó que éste, al definir al erizo, se estaba definiendo a sí mismo.

Ralf von Deibler hablaba con tranquila precisión castrense, aunque su voz era áspera. Era un hombre cortes, pero en sus estallidos de furia, usaba un lenguaje muy crudo y directo.

De mediana estatura, de torso macizo, y cuello grueso, Von Deibler llevaba el cráneo completamente rapado. Su rostro, de frente deprimida y ojos grises, tenía una movilidad de actor, como si sus rasgos faciales fueran de goma.

En el negro uniforme de la Gestapo, destacaba el grueso brazalete de eslabones de oro que llevaba en la muñeca izquierda y que destellaba a cada gesto, porque puntuaba sus frases con evoluciones de la larga boquilla negra en la que fumaba constantemente cigarrillos de un tabaco que esparcía olor a miel.

Los trece oficiales habían sido convocados en la sala de la Comandancia Militar de Rennes, la ciudad bretona elegida por Von Deibler, como más estratégica para poder dirigirse en cualquier momento a cualquier lugar de la costa, en su rápido «DKW» de motor especial, en cuyos asientos delanteros se relevaban al volante dos ases automovilistas.

Von Deibler apuntó con su boquilla a la hilera de oficiales.

—Esto les dije cuando les hablé a inicios de enero mi proyecto, aprobado por el Alto Mando de Berlín. Cité el erizo y aludí al defecto básico de todo sistema defensivo que es su aparatosidad y visibilidad. El erizo sería un blanco propicio al cazador si anduviera siempre con los pinchos enhiestos, que es lo que sucede con las baterías antiaéreas y costeras.

Los grises ojos de Von Deibler carecían de vida, como apagados por una tristeza interior, o como opinaban los que le conocían, porque era un insensible deshumanizado.

Miró lentamente a la hilera de oficiales.

—Lamento comunicar a mis señores oficiales, que uno de ellos es culpable de indiscreción, ya que me consta que la palabra «erizo» ha llegado a oídos del enemigo, que nos envía constantemente

espías torpes, o tal vez menos inteligentes que yo.

Hizo una pausa, para ir apuntando con la boquilla:

—Cada uno de ustedes recibió una orden concreta. Permanecería como un topo junto a las brigadillas de obreros, y evitaría que ninguno de éstos saliera, ni comunicara con el exterior. Son obreros especializados y discretos, y han regresado a la patria y allí permanecerán en las minas, a salvo de indiscreciones. ¿Cómo, pues, en Londres, se ha citado el «Plan Erizo»? Uno de ustedes ha hablado con alguien. En este momento son las cinco y siete minutos. A las seis en punto he de tener en mi poder la declaración escrita del indiscreto, detallando con quién habló, debidamente firmada. Sugiero al firmante la conveniencia de pulverizarse personalmente el seso, y así podrá figurar como fallecido honrosamente. Señores, vuelvan a sus toperas. Mis saludos.

A una, los trece oficiales chocaron tacones, mientras Von Deibler encendía otro cigarrillo que acababa de ajustar al extremo de la larga boquilla.

Al quedarse solo en el espacioso salón, lujosamente confortable, Von Deibler paseó de arriba a abajo, absorto en sus meditaciones, preparatorias del duelo verbal que iba a sostener a las cinco y quince, con un difícil «aliado»; el comisario León Dorval, jefe de policía del distrito que abarcaba desde Rennes a Saint-Brieuc.

Miró el calendario. Era el 29 de abril. Una tarde lluviosa, sacudida por ráfagas de galerna. La primavera en Bretaña tenía rigores invernales, pero cuando por rara excepción lucía el sol, era delicioso.

También era «delicioso» el comisario Dorval, al estilo de la primavera bretona, porque raramente sonreía. Von Deibler lo consideraba un elemento digno de estudio, casi a su altura en inteligencia.

A las cinco y quince en punto, dos atléticos individuos de paisano, se enmarcaron en el umbral, y uno anunció:

—¡El señor comisario León Dorval, mi coronel!



...después de contar hasta diez, quedo fuertemente suspendido...

Cerraron la puerta, y el que acababa de entrar, avanzó con paso tardío, casi torpe, como un oso que intenta olfatear los peligros del bosque desconocido.

León Dorval, alto, grueso desmañado, podía parecer un honrado rentista o un próspero tendero. Salvo los ojillos muy azules, el resto de su persona era vulgar, y casi con tendencia al desaliño.

Frente al pulcro y aséptico Von Deibler, el policía francés tenía trazas de campesino… cazurro y socarrón.

—Buenas tardes, comisario. Me complace verle de nuevo, sinceramente. Hace más de un mes, que no tengo el honor de recibir su visita. Póngase cómodo.

—Gracias, coronel.

Dorval se quitó el abrigo, que dejó sobre un sillón, junto a su sombrero y bastón. Las estufas eléctricas desparramaban tibieza en todas las habitaciones de la casa, antigua propiedad del marqués de Josselin, hasta la llegada de los alemanes.

—Cuando sostuvimos nuestra primera conversación, comisario,

usted me aseguró que su único interés estaba en evitar actos contrarios a la Ley. Me enorgullezco de hablar el francés con meridiana claridad, porque siempre sentí debilidad por Francia, y pasé largos años como estudiante y turista en París y provincias.

—En cambio nosotros los franceses, somos poco turistas. Una desventaja que sólo ahora apreciamos.

—Bien, bien, mi querido Dorval… Recojo la insinuación, ya que, en efecto, en mis viajes al servicio del espionaje alemán, aprendí muchas cosas sobre el carácter francés. Y no creo equivocarme al juzgarle leal.

—Tengo cuarenta y cuatro años, con veintidós de servicio activo. Me comprometí a impedir actos contra la Ley, y procuro cumplir.

—Usted no juro lealtad al Tercer Reich, comisario.

—Le expuse un motivo suficiente, coronel. Soy un policía, apartado de toda política. Si reina un Luis, o impera un Bonaparte, o preside un republicano, o dictan leyes invasores, sigo siendo un policía, que sólo presta juramento a un partido; el de la represión de delincuencias.

Von Deibler trazó un círculo de humo, cuya espiral remató con un golpe seco de boquilla, como sí escribiera un punto. Tuvo un esbozo de sonrisa.

El comisario, sentado, sabía que Von Deibler permanecía de pie porque le gustaba erguir el torso en su bien cortada guerrera, cuyo coleto le envaraba el grueso cuello.

—Usted pues no quiere ser calificado de colaboracionista ni de resistente, pero es su deber inquirir cuándo suceden hechos qua necesitan investigación. Ha de saber que esta noche pasada, un avión lanzó en paracaídas a varios espías. Mis hombres mataron a uno porque ofreció una resistencia hábil, imposibilitando fuera apresado con vida. Los espías «llovieron» en su distrito, comisario Dorval.

—En el mío, ¡no, coronel, sino en el suyo. Los aviones, los espías, los terroristas, los resistentes, pertenecen a un género especial creado por circunstancias, que también implican su presencia, coronel. Ahora bien, si cualquiera de estos espías «llovidos» esta noche última, asalta un Banco, roba o comete cualquier delito atentatorio al Código Penal yo le encarcelaré.

Von Deibler alzó la zurda, como si recordara algo importante…

—Mil perdones, comisario. Olvidé interesarme por el estado de salud de su señora esposa y de su simpatiquísima mamá.

León Dorval cuadró los anchos hombros, y bajo su mostacho, los labios se adelgazaron, mordidos… Pero contestó amablemente:

—Tanto mi madre como mi mujer están magníficamente sanas,

coronel.

—Creo recordar que su mamá, me calificó de «bestia» —sonrió el alemán.

—Mi madre tiene setenta años, y le resulta difícil admitir que impongan la Ley en Francia, alemanes. Ella le calificó como ha recordado, coronel, en la mañana que siguió el amanecer en que sus hombres de usted incendiaron una casa… con sus habitantes en el interior.

—Unos habitantes que habían acribillado a tiros a soldados del ejército de ocupación. Pero dejemos esto, comisario, porque es tema un tanto espinoso. Por cierto, esto me recuerda… ¿Conoce usted al joven alférez Enerwein?

—Un buen muchacho a solas Un energúmeno más, encuadrado entre otros.

—Su franqueza es encantadora, comisario. A veces pienso que sería usted una mala inversión para una compañía de seguros, y otras pienso que es usted enormemente astuto. Sabe que hablándome así, me inspira confianza. El joven alférez Enerwein ha sido visto con usted, bebiendo ese vino blanco, seco y fresco, llamado «muscadet», que es engañoso. ¿Acaso el joven alférez Enerwein habló en su euforia alcohólica de un determinado animal?

—Creo recordar que me habló de su afición por perros dogos.

—Un instante, por favor.

En la puerta, un individuo, mirando por encima la rapada cabeza del coronel tendía un sobre, y penas fué recogido, cerró, desapareciendo.

Von Deibler agitó el sobre, al regresar ante el policía sentado.

—Vea la orla. Es azul obscuro. Son declaraciones escritas por oficiales, pero veo además, una pequeña cruz en esta esquina. Significa que un joven oficial tras firmar, se ha levantado la tapa de los sesos. Son gente servicial, y saben que tengo suficiente trabajo, imponerme horas extraordinarias. Veamos…

Rasgó el sobre, y leyó las primeras líneas. Dijo sin mirar a Dorval:

—Su joven amigo, el alférez Enerwein, ha muerto accidentalmente examinando su pistola. Es la versión que damos para estos casos. ¿No recuerda si le habló de algún animal de poco volumen?

—No.

Siguió leyendo Von Deibler:

> «…y en el bar «Fuis Cafard» de Trébeurden, bebí en compañía de una señorita llamada Clarisse, novia del soldado Franz Enerwein, mi hermano. Creo que hablé del

erizo, pero sin detallar. A nadie más…»

Von Deibler dobló el escrito póstumo del alférez Enerwein.

—Ya queda en claro un punto. Ahora, dígame, comisario, y puesto que esta noche tengo que pernoctar en Trébeurden, ¿qué sabe usted del bandido Romanichel?

—Lo que todos sabemos. Que aparece y desaparece con una facilidad enojosa, tanto para la Gestapo como para la policía francesa.

—Celebro oírle decir que considera al bandido Romanichel, un delincuente vulgar, no creado por las circunstancias que motivan mi presencia aquí. Últimamente está muy inactivo, comisario.

—Porque desde que usted, a principios de año, ocupó la comandancia policial alemana de Bretaña, no hay delincuentes ordinarios. Es innegable que usted, coronel, controla perfectamente el orden… provisional.

—¿Provisional? Le ruego aclare.

—Es sencillo. Si Alemania gana la guerra, cesará esta situación anormal, y si la pierde, también.

—Usted debió ser marinero, comisario. Sabe recoger velas, pero si le parezco un lago plácido, recuerde que al soplo de tormenta, los lagos más tranquilos levantan olas tumultuosas. No le entretengo más, comisario. Mis saludos a su señora y mamá.

Esta última palabra irritó al comisario, que en pie, dijo sordamente:

—Escuche, coronel Von Deibler… Si no le gustó, pida mi destitución. Pero… no haga más insinuaciones sobre mi madre, porque es una anciana, y tampoco a usted le gastaría en Berlín un oficial francés, le hiciera objeto de veladas amenazas indirectas.

—Error sobre error, mi amigo Dorval. Usted me gusta, y yo no hago insinuaciones, ni soy natural de Berlín, sino de Munich. Y no lanzo amenazas indirectas. Está en juego una gran partida, y usted es, como yo, una partícula infinitesimal. Si cometiera una deslealtad, yo le colocaría ante el pelotón de ejecución, pero antes tendría usted la amargura de comprobar que su deslealtad motivaría la muerte poco agradable de su mamá y esposa. Personalmente, me encargaría de ello. Ya ve, soy leal, puesto que le aviso ahora, comisario, puede retirarse… Perdón, un momento… Le notifico que si en el plazo de quince días, no ha detenido usted al bandido apodado Romanichel, lo consideraré una deslealtad por su parte. Mis saludos a su esposa y señora madre.

—Los míos a su respectiva familia, coronel.

—Soy huérfano y viudo, comisario.

—Una suerte para sus difuntos.

Brotó por vez primera la risa de Von Deibler, áspera, crujiente, y sus mortecinos ojos tenían brillo de sádica complacencia.

—Me causa gracia ignorar por qué le tolero tanta arrogancia, comisario. Váyase, y medite en mi advertencia. Antes de quince días, usted detendrá al bandido Romanichel, si no logro antes cogerlo. Es máxima ambición presente. Verle la cara, y oírle gemir.

Von Deibler repicó suavemente con la boquilla sobre la puerta, que se abrió. Hizo chocar los tacones de sus relucientes botas negras, al pasar Dorval ante él.

—Buena suerte, comisario.

En su casa, el comisario Dorval apenas se instaló junto a la mesa camilla, dijo:

—Deibler me da quince días para detener a Romanichel. Si no lo consigue él, y yo fracaso, me temo, madre, que nosotros tres vamos a terminar mal.

La anciana Dorval repicó con su bastón sobre el suelo, para comentar agriamente:

—Romanichel es un héroe; Romanichel es un romántico bandolero que…

—¡Con todos los respetos, usted se calla, madre! Romanichel es un bandido que debería realizar sus presuntas hazañas en otra región. El 12 de febrero asaltó con sus compinches, un camión que transportaba armas y mató a los alemanes que lo escoltaban. El 10 de marzo, se apoderó del contenido de una furgoneta. Dinero. Son delitos puramente comunes. No citó todas sus demás acciones, porque no son de mi ramo. Pero el robo de la furgoneta con dinero, es «gangsterismo». Es como si cualquier individuo, francés o chino, dispara una pistola en la calle o en cualquier lugar, sin tener licencia. Debo detenerlo.

La anciana Dorval miró a su nuera, la cual, como siempre, prefería abstenerse en las discusiones entre madre e hijo.

—Habla, niña; habla —exigió.

La «niña» siguió haciendo calceta, al hablar:

—Tiempos difíciles, mamá. Y León hará siempre lo mejor.

Rechinó la risita de la anciana, corpulenta y mostachuda.

—Tu esposa nunca se comprometerá, comisario. Pero yo te digo, que si encuentran muerto al bestia de Deibler, no busques mucho, porque yo misma y como sea, lo mataré.

—Madre, dice usted chocheces.

—¿Chocheces, eh? —refunfuñó ella—. ¡Yo mataré a Deibler antes de que él te pueda hacer el menor daño!

—Y como represalias, fusilarían a cien habitantes de Rennes.

—Bien vale cien franceses el librar a Bretaña de un verdugo como lo es, y de la peor especie, sin perdón, y…

—Por suerte, madre, Deibler estará unos cuantos días muy atareado por la costa. Me parece que le van a dar trabajo los cuatro espías que está noche «cayeron». Había una mujer entre ellos. «Llovieron» cinco, pero uno murió, aunque se llevó por compañía a tres Gestapos. Bueno, no he dicho nada… ¿Está ya la sopa?

Y cenando, en silencio, sin contestar a las preguntas de su madre, el comisario Dorval pensaba en los cuatro paracaidistas, que se dirigieron hacia la costa, separadamente. Tres hombres y una mujer…

CAPÍTULO IV

Víctor Brissac se había adormilado, tratando de olvidar. Le despertó el contacto de una mano en su hombro y sintió a la vez cómo le quitaban el lienzo que envolvía su rostro.

Divisó el rostro del segundo piloto Jeffrey, y la leve luz de la carlinga. No había más que ellos dos en el estrecho compartimiento.

—Ya «sembramos» a los otros cuatro compañeros. Es tu turno.

En pie, Brisase tanteó las hombreras, los ajustes, y colocó el pulgar derecho en el anillo que colgaba ante su pecho.

Se acomodó junto a la puerta metálica, corredera, que funcionaba mecánicamente a la acción de un torno cuya manivela empuñaba al otro lado Jeffrey.

—Apenas abra, te lanzas. Brissac. Cuando se encienda la luz roja, que es la señal del piloto. Recuerda que no debes tirar del anillo hasta no haber contado reposadamente hasta diez. La noche está más negra que un tizón. Según el plano, caerás aproximadamente entre Paimpol y… ¡Va, y vivan los valientes, Brissac!

Coincidiendo con el guiño rojo de la luz, maniobró Jeffrey el torno, y una bocanada de aire entró con fuerza, teniendo Brissac que embestir casi contra el viento.

Un abismo negro le absorbió, al caer vertiginosamente, perdida la noción del equilibrio, pero recordando los ademanes dramáticos con que un árbitro de boxeo cuenta los segundos al pugilista tendido en la lona…

Y al terminar de contar, sintió que sus pies volvían a ocupar la posición que les correspondía, y su cabeza quedaba en alto, mientras un recio tirón, parecía una mano de gigante asiéndole por los sobacos.

Sobre su cabeza, había una gran seta tan obscura como la noche. La blanca seda ordinaria, estaba teñida de azul obscuro para los lanzamientos nocturnos.

Tanteó el cordaje, mientras seguía descendiendo. Era imposible percibir otra cosa que el rumor del aire. Iba pensando que inmediatamente que aterrizase, debía quitarse el broche central, tirar lo antes posible de la seta, y formando con el paracaídas un paquete, hacerlo desaparecer, para no señalar su posición de aterrizaje.

Creyó que estallaba una tormenta, al surcar el aire líneas de

varios colores. Hasta que volviendo la cabeza, adivinó…

Bengalas y cohetes de luces, buscaban la posición del avión. Después fueron surcos menos luminosos, seguidos de estampidos… Cañones antiaéreos.

Y súbitamente, en el negro cielo brotó una llamarada, como si un volcán estallara en lo alto. El avión había sido alcanzado por los cañones alemanes.

Jeffry ya no «sembraría» más agentes del Servicio Secreto.

La tierra avanzó, subiendo con rapidez. Víctor Brissac flexionó las piernas, y rodó hábilmente apenas en las suelas de sus bolas notó el contacto del suelo.

Se quitó el cinto, después de ser arrastrado unos metros. La suerte le era propicia, por cuanto el terreno era mullida tierra de pastos. En torno, todo eran tinieblas.

Fué deslizándose entre sus manos, en amasijo, el cordaje y la tela. Aquel paracaídas se le antojaba interminable, mientras tendía el oído a la escucha de cualquier ruido.

Sólo el viento barriendo la llanura de pastos, entre las ciudades de Paipol y Morlaix.

Oyó de pronto dos ruidos muy identificables. El crepitar de una pistola ametralladora, y la réplica de fusiles y pistolas.

Y el clásico trepidar de motores. Una luz lejana, en raya horizontal… Coches y motos…

Corrió, cabeza gacha, con los codos pegados a los costados, entre sus puños el enrollado paracaídas.

Saltó una empalizada, y percibió cercano el mugido de una vaca. Establos cálidos, vida ordenada, lechos confortables, y él, corriendo, en noche lóbrega, destinado a un solo objetivo: retrasar su justa muerte.

Atrás, en una carretera, numerosos haces de luces, focos de coches y motos, buceando la obscuridad.

Saltó un arroyuelo que identificó por el croar de ranas al acercarse. Dejó caer el paracaídas.

Para su orientación, junto al reloj cronómetro de pulsera facilitado por el Servicio Secreto, tenía una brújula insertada en la muñequera de cuero, con esfera fosforescente.

Volvió hacia arriba su puño izquierdo, y deteniéndose, comprobó que debía encaminarse hacia la derecha, hacia la masa obscura que debía ser la colina de los dólmenes, tras la que estaría Trébeurden, su primera guarida.

De sus tiempos de guardamarina, recordaba perfectamente la impresión de mundo aparte, de arcaicas costumbres, de supersticiones salvajes y de sombría aspereza que le había producido Bretaña.

El Arcoat interior, tierra pobre, de pan de centeno, y rudos caracteres herméticos. El Armor, el litoral dentellado, terror de marineros cuando estallaba la tormenta.

Para un nativo de París, en tiempos normales era ya Bretaña una región extrañamente amenazadora. La patria chica de los famosos corsarios de Saint-Malo, que degollaban invocando a Santa Ana…

Se detuvo entre unos matorrales, porque acababa de oír unos furiosos ladridos. Los de la Gestapo estarían empleando sus perros policías.

La jauría ladraba allá al oeste, despertando ecos en perros guardianes. Pero granjas, caserones y chozas, se mantenían sin luces, como inhabitadas. Existía un tácito toque de queda.

Ninguna familia bretona quería ya inquirir lo que sucedía de noche, y tanto si oían gritos, como disparos, o llamadas suplicantes a sus puertas, cerraban los oídos a todo sentimiento.

Reinaba un egoísmo general, un ambiente de recelo, que ya conocía Víctor Brissac. Al reanudar su marcha hacia el litoral, volvía a sentir que el olvido antes del definitivo reposo, lo hallaría en tener sus reflejos constantemente alertados.

Se alejaba de la jauría, y ahora, tras el croar de ranas, oyó el graznido desagradable de los cuervos, en concierto discordante, mientras ascendía por un estrecho camino pedregoso de la colina.

En lo alto se recortaban las erguidas piedras paganas. Los vestigios de antiguas creencias, que erizaban el suelo con bloques de piedra plantados inconmovibles en el suelo, y enormes rocas lisas, en que oficiaban sus misteriosas ceremonias los druidas.

Menhires y dólmenes, en alineadas plantaciones colosales de granito, numerosos, extendiéndose leguas y leguas, algunos menhires con más de veinte metros de altura, y en espaciada hilera que sumaban como en la colina de Trébeurden, más de dos mil ochocientos bloques de todas tallas.

Y cada piedra con su leyenda, recordaba Brissac mientras iba aproximándose a la cumbre.

Los dólmenes habían sido aras de sacrificios humanos: jóvenes vírgenes, enemigos capturados y ancianos que se ofrecían en holocausto.

Otros eran criptas funerarias, ocultando en su base osarios. La fantasía imaginativa bretona, concedía vida nocturna a muchas de aquellas columnas.

El menhir que llora, el dolmen que atrae el rayo, y las más esbeltas columnas, eran las que elegían jóvenes druidas resucitadas para bailar en su rededor por noches de luna llena.

Y la legión numerosa de gnomos, diablos, brujas, fuegos fatuos, enloqueciendo a los que se atrevieran a pisar sus dominios las

noches de sábado.

Víctor Brissac era marinero por vocación infantil, y tenía sus supersticiones. Penetró en la alta explanada, sintiendo cierto obscuro temor. Las piedras blanqueaban las tinieblas, y el viento susurrando por entre ellas, parecía adquirir entonaciones burlonas o siniestramente invitadoras.

Crispada la diestra en rededor de la culata de una de las dos pistolas ametralladoras, Víctor Brissac intentó vencer el miedo primitivo, recordando las leyendas graciosas, acerca del poder adivinatorio de las piedras bamboleantes.

Unos prodigios de equilibrio, de enormes rocas, en las que los marineros, a su regreso de largas travesías, hacían subir a sus esposas.

Si la mole se bamboleaba, la esposa había sido infiel, y entonces era bárbaramente apaleada por las demás mujeres, bajo cuyo peso la roca tambaleante no se había movido.

Si una virgen se encaramaba en la piedra, ésta no se movía, pero en cambio se agitaba de un lado a otro, si imprudentemente, una muchacha soltera poco honesta, se atrevía a subir.

Daba la impresión, de un enorme cementerio, y los silbidos de búhos y lechuzas, habituales moradores de los dólmenes y menhires, no hacían más que aumentar la impresión de fúnebre dominio de lo ignorado.

Víctor Brissac corrió hasta quedar sin respiración, pero ya había dejado atrás, el paraje de piedras, cuyo paso era obligatorio para llegar a Trébeurden sin meterse en carreteras donde patrullas alemanas vigilaban.

Ahora divisaba luces lejanas y un faro. Tenía muy desdibujado su recuerdo de Trébeurden, un poblado pesquero, que fué convirtiéndose en sitio de veraneo.

Antes de la guerra, junto a ladies inglesas con pantalón corto, escupían burlones, pescadores barbudos. En una de las muchas caletas de Trébeurden practicaban desnudismo rubios y desgarbados nórdicos, mientras en la rada vecina, viejas bretonas con cofia, pesadas faldas, medias de lana y zuecos, remendaban redes.

Víctor Brissac volvió a acariciar la culata, porque en un pequeño promontorio a la derecha, divisaba una silueta humana, gruesa, que parecía estar acechándole.

Siguió caminando hacia las luces, cuando se convenció de que el solitario observador nocturno, no pretendía nada hostil. Pensó si sería un cazador furtivo, aunque vestía abrigo y se cubría con sombrero fieltro.

Estimó que llevaba andando más de tres horas, cuando

empezaron a hacerse más compactas las edificaciones, y el aire se cargó de efluvios salobres, dominando sobre el viento el rugir de las olas.

Un sendero terminó en calle empedrada, descendente, que llevaba el evocador nombre de «Duguay-Truin». Había bares con sus luces encendidas, pero con escasa concurrencia.

De uno de ellos, salieron varios individuos, con el pesado caminar del que pretende mantenerse en línea recta, después de haber ingerido excesivo alcohol.

La calle terminaba en redonda plazoleta de soportales, y una avenida que de ella nacía, conducía al Paseo Marítimo, playero y portuense.

Poco después, Víctor Brissac entraba en «Le Turbot», que había de ser su primer alojamiento.

Era hostería a la antigua, pero con toques de modernismo impuesto por el elemento veraniego. Bar a la americana, a un lado del vestíbulo, que a las escasas luces, y sin servicio, parecía un blanco quirófano.

Un soñoliento portero, que había abierto la puerta a la llamada del nocturno visitante, se dirigió al mostrador, tocando un timbre.

Bostezó para decir:

—A esta hora, señor, tendrá que entenderse con el patrón si quiere hospedarse… sin equipaje.

Se sentó, cerrando los ojos. Una puerta lateral se abrió, apareciendo un hombre, envuelto en amplia bata, que conservaba aún el gorro de lana de dormir.

Miró sin cordialidad al que se acodaba al mostrador.

—Pensión completa, patrón.

—¿Su documentación, me hace el favor?

Colocó Brissac la cartera que le había entregado Lefebre, abierta sobre el mostrador. El dueño la cogió, hojeando los compartimientos de mica, en forma de librito.

Su expresión se hizo más amable, al decir:

«—Víctor Brissac, patrón de cabotaje, procedente de Lorient, sin empleo actual, veintiocho años, soltero, libre de quintas, con salvoconducto militar de Lorient, número 21.4222». Yo apuntaré en el registro, patrón Brissac. Usted firme aquí. Gracias. Lo le llevaré ahora a una habitación que le gustará. ¿Pasamos por la cocina a tomar algo caliente? Duerme el servicio, pero dejan el fuego encendido.

—Un «grog» no vendrá mal.

Siguió Brissac al dueño de la hostería, que penetró en una gran cocina, entibiada por un monumental fuego antiguo de parrillas, empotrado en la pared con bancos de piedra en rededor.

Cogió el dueño una jarra cercana al fuego, que al destaparla, exhaló un grato perfume de limón, ron y melaza.

Presentó la jarra con dos picos, y bebió Brissac, para devolver la jarra en cuyo otro pico sorbió el dueño.

—Ahora le llevo a su habitación, patrón Brissac. Todo está en orden para mí, y no me molestarán los de la «Kommandatur». Deje sus botas y pantalones fuera, y bien cepillados, quedarán como nuevos.

Subían una escalera interior que arrancaba de la cocina, y el dueño, delante, fué explicando:

—Tengo pocos huéspedes, y es gente tranquila. Viajantes de comercio y suboficiales alemanes en permiso. No admito mujeres. Esta escalera es particular, para casos urgentes. Su habitación está en el último piso, y tiene la ventaja de poder disfrutar un buen panorama. Hay una ventana que comunica con una pequeña azotea… La escogen los poetas y pintores. Dicen que la visión de tantos tejados y azoteas en rededor, les inspira. Una vez, y no hace mucho, se alojó un señor con sus papeles en regla, pero al parecer estaban falsificados, y yo no lo sabía, como es natural. Vinieron a buscarle los de la «Kommandatur», pero calzan unas botas muy ruidosas. El alojado saltó por la ventana… pero lo atraparon cuando se metía en una canoa. Esta es su habitación, patrón Brissac.

Era una estancia confortable, de mobiliario sobrio y rústico, con lecho alto de tres colchones y cortinajes a los lados.

—Debe correr las cortinas y cerrar las contraventanas siempre que encienda luz. Pero aquí no bombardean, porque no hay objetivos. ¿A qué hora el desayuno, patrón Brissac?

—A la hora del almuerzo, y después recorreré los diques a ver si encuentro trabajo.

—Hágalo, pero no encontrará. Faltan hombres, pero no hay barcos. Buenas noches, patrón Brissac.

A solas, Brissac tras desnudarse, y dejar fuera el pantalón y las botas, se sumergió entre las sábanas olorosas a espliego, hundiéndose en los mullidos colchones.

Durmió pesadamente, almorzando en su habitación a las dos, servido por un camarero silencioso, que al retirar el último servicio, comentó:

—Vendrán, a hacerle preguntas los «Kommandatur» a la hora de la cena, patrón, si encuentran algo digno de preguntar, aunque el dueño es de confianza para los «boches».

A media tarde, Brissac recorría los diques. Los armadores, desde el de parejas a los de flotillas, le explicaban casi lo mismo:

—Faltan hombres, pero no tenemos casco, porque nos los alquilan los ocupantes. Servicio de vigilancia costera y todo eso.

Eran las siete, cuando penetró Brissac en el «Fuis Cafard». Grandes redes colgaban del bajo techo, formando a modo de cortinas entre las mesas.

Por las paredes, remos, limones, conchas, áncoras y cuanto contribuía a dar un decorado marinero. Servían muchachas ataviadas al modo bretón. Al fondo un pequeño tablado, con apariciones de cupletistas, bailarinas y cómicos.

Pescadores ociosos, armadores ceñudos y uniformes alemanes, se mezclaban en aquel ambiente de taberna «boite» que en verano, atraía mucho a los ciudadanos.

Las que servían tenían aspectos muy distintos. Algunas rebasaban la edad madura y otras, eran netamente campesinas zafias.

Víctor Brissac encontró una silla cerca del tablado, y en el ambiente ruidoso, se sintió normalmente habituado. Era la atmósfera de cualquier cabaret , portuario, salvo por la presencia de uniformes verdes y negros.

Pero los alemanes trataban, dentro del «Fuis Cafard», de ser simplemente soldados intentando divertirse.

En el tablado apareció una robusta matrona, con falda corta, que según la pizarra que asomó precediendo su aparición, iba a cantar:

«Soy un volcán».

Abría la boca, pero los que cantaban eran los concurrentes, mientras la supuesta artista, hacía arrumacos y daba carreritas grotescas.

En la silla había una acodadera donde una camarera depositó el vaso de grueso cristal irrompible con «Calvados», el recio aguardiente de la costa.

Para Brissac todo era lo de siempre. Alcohol quemando la garganta, humo de cigarrillos espesando el ambiente, risas falsas, hombres haciéndose el gracioso, toda la falaz hipocresía de presunta alegría a tanto la copa.

A la cupletista sebosa, sucedió una desmirriada adolescente, que con voz aguardentosa, expresó su afición a pasearse de noche por los muelles.

Después, un cómico viejo, pintado de labios y mejillas, consiguió lo que no lograban las anteriores atracciones: un total silencio acogió sus primeras frases.

—Soy la tragedia con carátula de payaso, y os voy a martirizar la sensibilidad que escondéis, con la canción que está de moda en Berlín. Se titula: «Lili Marleen» y tanto da que sea guerrera y alemana, porque su tonadilla es popular y mundial.

Cantó con arte, coreando los soldados el refrán. Y cuando desapareció, una pizarra mayor mostró a un lado los trazos de tiza

que decían:

«Debut de «Caricia», la fascinante vedette
de la melodía.»

Víctor Brissac prestaba poca atención al tablado. Había ya bebido cuatro «Calvados», porque inconscientemente quería ahogar en un principio de embriaguez, el mal recuerdo de un disparo a quemarropa…

No miró el telón de fondo que se descorría mostrando un piano de cola, donde un pianista preludió una tonadilla pegadiza. Pero el súbito silencio, le hizo ladearse…

Su diestra se crispó en rededor del grueso vaso, y una lividez sudorosa abrillantó su rostro tenso…

En el tablado, contra el piano de cola, aureolada por un foco, honor reservado a las atracciones de primera clase, una mujer de cabello color de miel, se reclinaba indolentemente.

A un lado del rostro le colgaba una guedeja de cabello ondulado. Su tez era cremosa, destacando la anchura de los claros ojos azules, extrañamente risueños y perversos…

Vestía de negro, con guantes hasta el codo, desnudos los hombros, y en triángulo el escote. Un cuerpo prodigiosamente torneado…

La voz cálida, sensual, se elevó en susurro netamente audible, al iniciar las primeras frases:

«Llueve sobre la carretera,
y en la noche, yo oigo,
el rumor de tus pasos,
que de mí se alejan…»

Como magnetizados por el efluvio sensualmente irresistible que emanaba la figura de «Caricia», todos los concurrentes miraban hacia el tablado y en la sala obscurecida, nadie prestó atención al individuo que tambaleándose, lívido, como quien huye de un fantasma, iba a trompicones hacia el exterior.

Y fuera, Víctor Brissac corrió hacia el reborde del malecón, para aspirar ávidamente el aire marítimo, mientras con frenesí repetía entre dientes:

—No puede ser Janine, no puede ser Janine… Yo la maté.

CAPÍTULO V

Fué gradualmente recuperándose de la honda impresión que le había producido el ver a la cantante que la pizarra llamaba «Caricia», y sentándose en la balaustrada, fue razonando.

Aun suponiendo que su disparo hubiese sólo herido, Janine Martel no podía hallarse en Francia, y precisamente en Trébeurden. Se trataba pues, de un parecido grande, aumentado por el halo del foco, al aparecer ante sus ojos una hermosa cantante, de cabello castaño obscuro y ojos claros de cielo…

Pasaban coches por la avenida, y algunos se detenían ante alguno de los restaurantes. No le llamó de momento la atención que un «DKW» se detuviera ante el «Fuis Cafard», precedido y seguido por otros tres automóviles.

Bajaban individuos de paisano, que iban distribuyéndose en forma extraña. Unos a cada lado, por la acera, de la salida del cabaret.

Otros, y desde su sitio, pudo Brissac comprender que estaban ocupando posiciones como sí se dispusieran a asediar el «Fuis Cafard».

Cuando los que le volvían la espalda, estaban ya quietos, otros penetraban en el cabaret, y uno de ellos, apenas entró, dió un agudo toque de silbato.

«Caricia» dejó de cantar, porque el pianista se había puesto repentinamente en pie, al igual que todos los soldados.

El mismo que había soplado en el silbato, un francés, indicó:

—Desalojen todos, ordenadamente, sin prisas ni torpezas. Vamos, desalojen.

Llevaba como los que le acompañaban, un fusil ametrallador, colocado sobre el antebrazo izquierdo, como un cazador a la «espera». Los soldados fueron los primeros en salir con paso marcial, seguidos por los demás, que iban mostrando sus documentos.

Las camareras se refugiaron tras el amplio mostrador, del que salió, tembloroso, el dueño.

En el escenario, el pianista hizo señas a «Caricia» de no moverse, y a cada lado, entre bastidores, fueron agrupándose los demás artistas.

La sala se vació, y encendidas las luces, el mismo que había ordenado desalojar, anunció ahora:

—¡El Coronel von Deibler, comandante militar!

Entre dos hombres, un soldado se mantenía erguido, íntimamente asustado de que le hubiesen retenido.

Ralf von Deibler, avanzó sin mirar a nadie en particular, colocando en la larga boquilla un cigarrillo. Eligió como sitio para detenerse, el espacio central sin redes.

Y entonces, los siete hombres de su escolta personal, se retiraron atrás, junto al umbral.

Von Deibler encendió con minuciosa atención el cigarrillo, y al exhalar la primera bocanada, dijo:

—Doy por aceptada tu bienvenida, Kermael, y como propietario de este antro, te ruego me presentes a una artista de tu elenco, llamada Clarisse.

—¡Clarisse! —gritó el propietario Kermael, con trémolos de autoritario balido.

En el escenario apareció una muchacha rubia, delirada, que vestía aún su atuendo de trabajo: un traje de aldeana tirolesa.

Los ojos inexpresivos de Von Deibler la miraron un instante, y después contemplaron a la que más atrás, se reclinaba contra el piano.

Sacudió el alemán la ceniza, apoyando la mano derecha sobre el respaldo de una silla. Dijo:

—Te ruego me hagas el honor de bajar hasta mi alcance, Clarisse.

En el opresivo silencio, la voz de Von Deibler era neta, calmosa, cortés.

La rubia artista descendió unos escalones laterales, y fué aproximándose con paso que pretendía ser firme.

—Te llamas Clarisse Dussardel, y te pretendes artista. Eres amante del soldado Franz Enerwein, que te supone una señorita venida a menos.

La voz calmosa fué de pronto un ladrido:

—¡Soldado Franz Enerwein!

El interpelado corrió hasta que permaneció inmóvil ante el coronel, a un lado de la artista.

—Reposo, Enerwein. Tengo que participarte que tu hermano, el alférez, ha preferido dispararse un tiro en la sien, a tener que admitir que traicionó un secreto militar. Venía aquí, y como consideraba también una señorita a esta mujerzuela, la invitaba. Bebió demasiado, y una frase que pronunció llegó a oídos enemigos. Esta mujerzuela transmitió la frase a un pescador, que ha sido ya detenido, interrogado y fusilado. ¿A qué esperas, Franz Enerwein? Tienes una pistola de reglamento en el cinto, y te autorizo a emplearla debidamente.

El soldado llevó instintivamente la diestra a su cartuchera. Clarisse Dussardel gritó con agudo alarido, corriendo…

—¡Dispara, soldado Enerwein!… —ladró Von Deibler.

Pero el soldado parecía incapaz, de moverse, viendo el correr alocado de la que era su amante, y que de pronto pareció tropezar, dando un traspiés repentino…

Von Deibler, cerrado un párpado, recta la boquilla, hizo un segundo disparo y Clarisse Dussardel cayó de costado, enrojeciéndose sus oxigenados cabellos.

—Por incumplimiento de orden superior, el soldado Franz Enerwein, es baja en el ejército.

Resultaba escalofriante la forma de hablar del que disparó por tercera vez…

Franz Enerwein, rota la frente, resbaló hacia atrás, y no se había disipado el humo de pólvora, cuando Von Deibler añadía:

—Kermael: cumple tu deber. Que tus fámulas retiren estos dos cuerpos al exterior. ¡Pronto!

El propio Kermael tiró del cadáver del soldado por los tobillos, mientras su mujer, corría hacia la muerta.

Volviéndose de espaldas, Ralf von Deibler, interpeló a su principal colaborador en Trébeurden:

—¿Quién es la mujer que se acoda al piano, Raúl?

Raúl Cordiani, corso confidente de la policía antes de la guerra, replicó con respeto servil:

—Verificadas las listas de anoche, mi coronel, no constaba ingreso de ninguna artista nueva. ¡Kermael: informa al instante al señor comandante militar!

El bretón, frotándose las manos acudió presuroso, efectuando una reverencia grotesca:

—A sus órdenes, «Herr Graff» —y dió el título de conde que, secretamente, halagaba a Von Deibler.

Volviéndose, Von Deibler, apuntó con la boquilla hacia el tablado.

—¿Esta mujer…?

—Llegó esta mañana de París, Herr Graff, con papeles en regla, y la he inscrito reglamentariamente. Procede del «Tabarin», y canta muy bien, lo puedo…

—Juzgaré yo mismo.

Von Deibler avanzó hacia el tablado, y al pisar primer escalón, dijo:

—Fuera tus fámulas, Kermael, y tus desgraciadas mujerzuelas de tablado. Sirve champán a mis hombres, y una copa para el pianista. Siéntate, pianista.

Se aproximó a la que junto al piano, se arregló el largo mechón,

sujetándolo con una horquilla a un lado.

Chocó Von Deibler los tacones, inclinando bruscamente la rapada cabeza. Presentaba una pitillera larga, de platino.

—Un cigarrillo, si no hiere sus cuerdas vocales, señorita…

—Janine Martel, Excelencia. Gracias.

Encendió Von Deibler su mechero, presentándolo. Janine Martel cogió la muñeca del brazalete, mientras acercaba el cigarrillo a la llama.

Los inexpresivos ojos del alemán, tuvieron un fugaz destello.

—Usted no es una vulgar mujeruela, Janine. Se percibe en un indefinible señorío que sólo posee la dama así nacida. Me agradaría oírla cantar. Como si dijéramos, un número fuera de programa.

Kermael presentó una bandeja con dos copas transparentando dorado espumoso. Cogió una Von Deibler, ofreciéndola a Janine Martel.

Ella echó hacia atrás la cabeza, bebiendo, y el escorzo de su talle fué lánguidamente provocador, pero sin chabacanería, con naturalidad.

Von Deibler alzó su copa, y, antes de apurarla, brindó:

—Por una hermosa y enigmática dama.

El pianista, sentado de espaldas, sudaba copiosamente. Los repentinos arrebatos de Von Deibler eran legendarios, y se contaba que había disparado contra un violinista que desafinó, al pretender esmerarse durante una cena galante.

—Tal vez aquí no sea el marco adecuado para oírla, Janine. Me atrevo a rogar me conceda el honor de una audición privada en una sala del piso alto.

—Para mí todo el honor, Excelencia —repuso ella gravemente.

—La sala con el «Pleyel» es la más adecuada. Permítame mostrarle el camino, Janine.

Y Von Deibler, ceremoniosamente, señaló hacia el foro izquierdo, echando a andar. Le precedían ya Raúl Cordiani y cuatro alemanes.

Janine Martel, segura de sí misma, penetraba poco después en una sala comedor, a uno de cuyos lados había un piano, en un entrante, apenas visible por la cortina de tupida gasa azul.

Señaló Von Deibler un sillón, donde ella se acomodó, mientras él en pie, decía:

—Cierra la puerta, Raúl. No quiero servicio ni pianista. Llamaré.

La puerta se cerró, y el coronel descorrió la cortina, yendo a sentarse ante el piano. Por encima del ébano negro veía a la mujer sentada a unos cinco pasos.

Los dedos del alemán recorrieron el teclado en quedos compases, pisado el pedal de sordina.

—¿Del «Tabarin» de París, Janine?

—No, Excelencia.

Von Deibler pareció asentir gravemente, al comentar:

—Es además de bonita, inteligente, amiga mía. Yo no soy ningún cínico, aunque admito es una gran verdad la que pretende que la más exquisita mujer es un pescado raro que gusta de nadar en aguas turbias. ¿Conoce esta melodía? Es prusiana, y significa su título «El jardín de los suplicios». Dígame, Janine… ¿vino en coche o en tren?

—En avión, Excelencia.

—Ah… ¿Acaso un amigo influyente en las líneas aéreas? Porque hoy en día, se hace muy difícil coger un avión en París.

—Subí en avión anoche en la costa inglesa.

Los dedos de Von Deibler recorrieron en escala de arpegio decreciente todo el teclado. Se levanto, y acercándose, mostró la pitillera.

—Otro cigarrillo, Janine. Resulta usted interesantísima. ¿Puedo aspirar al placer de oírla exponerme los motivos por los que empleó usted un camino poco reglamentario?

Volvió ella a coger la muñeca que le tendía con el mechero el alemán. Sin soltarla, tardó en encender…

—Un poco folletinesco mi relato, Excelencia.

—Lo es cuanto nos rodea por estos tiempos, Janine. Permítame.

Se acomodó Von Deibler en el brazo del sillón, y ella ladeándose, le miró sonriente.

—Hay una risueña perversidad en sus ojos, Janine, pero puede ser tan accidental como la inmensa fascinación que emana de su cuerpo. Así como mi mayor encanto es el ser repulsivo, el de usted estriba en esta mezcla de candor real y física perversidad, que respira su persona. Cuénteme su folletín.

—Empezó cuando un teniente de marina llamado Víctor Brissac se enamoró de mí. Yo también me enamoré. Se ausentó sin decirme a dónde iba, y un amigo suyo, capitán Reginald Brook, me informó que había partido en misión peligrosa.

—¿La Francia llamada libre, con residencia provisional en Londres?

—Sí, Excelencia, me fuí de Francia en 1939, contratada como institutriz. Tuve que cambiar de residencia, porque sin proponérmelo, provocaba. Conocí al teniente Brissac, y nos enamoramos. Pero al decirme el capitán Brooks que Brissac había muerto, me sentí muy triste, hasta que… me enamoré del capitán Brooks. ¿Me juzga una coqueta sin alma?

—Por ahora, una mujer qué, triste y muerto su amor, es joven y puede volver a amar.

—Empecé a reamar, con toda mi alma. Hace cuatro días, regresó

el teniente Brissac, estrangulando al capitán Brooks. Sin dejarme hablar, disparó contra mí. Estaba él ciego de rabia, y no pudo ver que yo entre mis manos sostenía nerviosamente el broche de oro que Brooks me había regalado. La bala se aplastó contra el broche, aunque la impresión me hizo desvanecerme… El oro penetró un poco en mi carne, pero sin mayor daño. Sólo una mancha sonrosada.

Ella aplicó sus dedos en el vértice del escote, blancos dedos, largos y finos, de rosadas uñas, que eran exquisitos óvalos, posándose sobre una manchita sonrosada.

—Brissac se entregó e iba a ser fusilado, pero ignoro por qué medios, el jefe del servicio francés de espionaje en Londres, consiguió que le dieran libertad. A mí, dicho jefe, el comandante Lefebre, me dijo que Brissac era un elemento esencial, porque tenía cierta pista acerca de una invisible línea defensiva en esta costa, cuya organización le atribuyen a usted, y que en clave llaman el «Plan Erizo».

—Tanta sinceridad me aplasta y abruma, amiga mia.

—El comandante Lefebre me propuso trabajar para su servicio. Dijo que yo poseía un magnetismo innegable, ya que al alteraba la flema de los más puritanos caballeros ingleses, y convertía en estrangulador a un teniente de marina de guerra. Me indicó que si yo conseguía hacerme su amiga de usted, recibiría instrucciones por escrito, aquí en este local. Me hizo aprender una clave. Me prometió que si yo conseguía engañarle a usted, tenía para siempre mi porvenir asegurado. Yo acepté, jurando que seguía amando a Víctor Brissac, y que no viviría sabiéndolo aquí… Nadie sino yo, sabe el último capítulo de mi folletín.

—De un enorme interés, amiga mía.

—Reginald Brooks, era para mí el compendio de todas las ambiciones tanto románticas como prácticas. Guapo, con título, rico, inteligente, galante… Llegué a olvidar a Brissac… y ahora, coronel Von Deibler, si yo consigo verme ante Víctor Brissac, ¿podría aspirar al placer de contar con su personal asesoría?

La risa corta, crujiente, brotó complacida.

—Me encanta su femenina complicación, Janine

—Antes citó un jardín de suplicios. Yo no encuentro ninguno adecuado para aplicarlo a Víctor Brissac, el hombre al que amé y al cual ahora odio con la misma intensidad.

—Tendrá mi asesoría, Janine. ¿En el avión, quienes iban con usted?

—Me advirtieron que para impedir que bajo el tormento… del que según Lefebre es usted un artista, le revelara ninguno de nosotros la personalidad de los demás, haríamos el viaje con la

cabeza envuelta en lienzo, que sólo nos quitaría el piloto segundo, al empujarnos hacia el abismo. Había cuatro hombres más en la carlinga, y yo al tocar tierra, tuve la suerte de quedar tendida en un pajar, próximo a Saint-Brieuc. Salvé con ello un ligero bagaje, y esta mañana llegué aquí, porque es el sitio que me designó Lefebre, y presenté la documentación que me prepararon en Londres. Y ahora, me complace decirle, Excelencia, que desde que le vi entrar, comprendí que toda mi complicación femenina valió para engañar a Lefebre, pero sería absurda con usted. A mí sólo me interesan dos cosas: vengarme de Brissac, que muy seguramente me cree muerta, y asegurarme un porvenir en la Gran Europa.

—Romántica venganza y práctica previsión del porvenir. Pero dígame, Janine: ¿no le advirtió Lefebre de que al verla, su ex amor, el teniente Brissac, podía intentar enmendar el yerro que un broche ocasionó?

—Yo fui apasionadamente sincera, en vehemente ansia de verme de nuevo ante Víctor Brissac. Y amor apasionado, tiene mucho parecido con odio.

—Tengo informadores en Londres, Janine.

—Un chofer de taxi llamado Jack Terrence, atestiguó a la policía, así como el mayordomo del capitán Brooks… ¿Le inspiro desconfianza, Excelencia?

—Mucha.

Y tras una pausa, Von Deibler en pie, añadió:

—A veces la sinceridad en la mujer nos parece una mentira, porque son tan sinceras mintiendo, que decir la verdad, nos confunden. No puedo negar que estoy impresionado por la doble aparición de su belleza y su inteligencia. Será preferible que me vaya, y a solas, fríamente, analice. Mañana, a una hora propicia, tendré el honor de invitarla en mi residencia de Trébeurden. Mis hombres buscarán la posible pista de un Víctor Brissac. Quédese aquí, Janine. Cenará a solas, y permanecerá aquí, porque no quiero que esta noche disfruten de su presencia ávidos y vulgares ojos masculinos. Mañana, posiblemente, convendría que usted con su actuación, convierta en estuche de joya, este inmundo lodazal.

Se inclinó Von Deibler asiendo la mano femenina, en cuyos dedos aplicó los fríos labios.

Cerca ya de la puerta, trazó una espiral de humo:

—Queda un interrogante en el aire, Janine. ¿Es usted un genio maquiavélico, o realmente ha sido sincera? Un dilema interesante. Buenas noches.

A solas, Janine Martel se dirigió al piano, y sus manos temblaron mientras, apoyadas en el teclado, recordaba la impresión de viscosidad, de repulsiva inquietud, que le habían producido los

labios de Von Deibler.

Pero estaba segura de sí misma. Había comprobado qué el inhumano e insensible Von Deibler la miraba con la misma codicia, pero más reflexiva y calculadora, que en los demás hombres encendía.

CAPÍTULO VI

Había también otras personas, que a prudente distancia, contemplaban al igual que Víctor Brissac, el semiarco de los hombres de Von Deibler. También ellos oyeron el espaciado y triple disparo.

No muy lejos de Brissac, se sentaba una pareja. Ella, espigada y rubia, estaba enlazada por los hombros por su joven acompañante, que después de los tres disparos, comentó:

—A lo mejor, estaba allí dentro Romanichel. Es demasiado atrevimiento el suyo.

—Vámonos, Joel… Vámonos —apremió ella—. No sé por qué me impediste correr, cuando bajó del coche Von Deibler.

—Por la sencilla razón, de que en estos casos el correr es perjudicial. Quien como nosotros dos, nada tiene que temer, y lleva en regla sus papeles, ha de quedarse quieto. ¿No es verdad, señor?

Interpelado. Brissac asintió con la cabeza, mudamente. El muchacho se hizo más expansivo, posiblemente para tranquilar a su pareja, con la apariencia de charla normal.

—¿Sabe usted quién estaba allí dentro, señor?

—No, pero lo que sí es evidente es que nadie puede ahora entrar o salir, sin caer acribillado. ¿Quién es Romanichel?

—¡Por Santa Ana! En toda Bretaña es conocido Romanichel.

—Yo soy de París.

—Ahora comprendo. Pues verá, las opiniones están muy divididas por lo que se refiere a Romanichel. Unos dicen que es un vulgar bandido que aprovecha la situación. Otros dicen que es un evadido de presidio. La verdad es que aparece y desaparece con la misma facilidad que un delfín juguetea con el agua. Pero Von Deibler lo cogerá… si es que no lo ha cogido ahora.

La muchacha, estremeciéndose, dijo:

—Han sacado un soldado muerto… y una chica también muerta.

Víctor Brissac había ya visto los dos cuerpos que ahora en la acera, tendidos, permanecían abandonados, hasta que llegara el «corbillard» de recogida.

Los pistoleros permanecían indolentemente reclinados contra árboles, paredes y coches…

Víctor Brissac tenía que esperar a que se fuera Von Deibler con su escolta, para volver al cabaret, e informarse del verdadero nombre de «Caricia», o verla muy de cerca, y oírla hablar…

La muchacha ahogó una risita nerviosa, que su compañero supo acallar dándole un beso indiferente.

La gente transitaba con paso deliberadamente lento, para demostrar que si no sus conciencias, al menos si sus papeles, estaban a disposición de la escolta de Von Deibler.

Un coche se detuvo en la acera opuesta, cerca del malecón en que se sentaba Brissac y la joven pareja.

Dos hombres descendieron, y conversaron un instante con uno de los pistoleros. Regresaron al coche, subiendo, y tras repetir lo oído al individuo que iba atrás, le saludaron respetuosamente cuando bajaba.

El coche volvió a arrancar, y el que se había apeado, miró en rededor con mirada aburrida. Detuvo unos instantes la vista en el hombre sentado junto a la pareja. El muchacho murmuró:

—Es el comisario León Dorval. Muy listo.

—Me conoce a mí —susurró la muchacha.

León Dorval se aproximó, y tocando el borde de su sombrero, dijo:

—Buenas noches, Marie. No es sitio ni hora para que estés por aquí; tú lo sabes. Luego, llegarás tarde y tu padre te breará a palos con razón. Anda, muchacho, llévatela a su casa.

El chico no se lo hizo repetir, y ambos se alejaron. El comisario Dorval, con bonachona entonación, comentó:

—El amor tiene razones que los padres no saben admitir. La chica es buena… Parece que ha habido jaleo, ¿no?

Víctor Brissac fué incisivo en su réplica:

—Siendo usted comisario de policía, es el más indicado para darse cuenta que allí hay dos cadáveres, y estos hombres llevan bien a las claras, fusiles ametralladores.

—No es de mi incumbencia, sino del ramo de Von Deibler. Los dos cadáveres son de espías, aunque ignoro su categoría. Soy ahora en este caso tan ciudadano como usted, es decir, tomo el aire, porqué tengo la costumbre de pasear después de cenar.

—La noche es agradable, en efecto. Se respira un ambiente de alegría que entusiasma.

—No tiene usted nada de alegre, ni mucho menos.

—El proceso deductivo es la gramática del policía. No me sonrío, porque no creo que el ambiente inspire deseos.

—Es usted joven e intolerante. Ya le vendrá la triste virtud de tolerar, y digo triste, porque adquirimos con los años, esta cualidad.

—Para ser de la policía, es usted ameno, comisario Dorval.

—No somos seres anormales de otro planeta, que pisemos el suelo de Trébeurden, porque una lluvia del cielo nos deposite…

Víctor Brissac miró al comisario. Un abrigo y un sombrero

complementando una silueta muy parecida al observador solitario de la noche anterior…

El comisario prosiguió:

—Mi residencia es Rennes, pero mi profesión me hace desplazarme con frecuencia, sobre todo desde que Romanichel ronda estos parajes.

—La tercera vez que me hablan de Romanichel. Se ve que es el legendario Fantomas de Bretaña.

—Algo fantasmal hay en sus apariciones. Será porque lleva un extraño casco, que no permite adivinar sus facciones.

—Yo no soy Romanichel, comisario.

—Estoy muy seguro de ello. Vaya… Ya sale el coronel Von Deibler, y parece muy meditativo.

Los pistoleros fueron replegándose como una elástica muralla muy práctica, y en pocos segundos, los vehículos partieron con sus ocupantes.

Cayó con ruido la puerta metálica de la entrada del cabaret, y sus ventanas quedaron oscurecidas al cerrarse desde dentro los paneles de madera.

—Kermael es impresionable. Prefiere con sagacidad perder una roche de negocio, a tener que oír preguntas difíciles de contestar. Yo mismo, apruebo su actitud. Kermael es el propietario.

—No es crítica, comisario, pero si usted es una autoridad, ¿por qué no interroga a Kermael?

—Mi ramo son los delitos comunes. Y Von Deibler no es un delincuente común.

Víctor Brissac comprendió que era inútil intentar convencer a Kermael para que le dejara verse con «Caricia». Ya en pie, dijo:

—Me alojo en «Le Turbot».

—Puedo acompañarle hasta allí. Parecía usted esperar…

—Salí del «Fuis Cafard», y pensaba beberme unas copas más. Pero mañana será otro día —añadió, empezando a andar—. Hay una cantante muy atractiva. Una tal «Caricia».

—El apodo es imbécil, pero usted me parece un hombre de gusto, señor…

—Víctor Brissac, patrón de cabotaje.

—Ahora comprendo por qué me dió usted la impresión de un taciturno oficial de marina. Lleva la barbilla erguida, como si sintiera la presión de un coleto de guerrera… aunque los patrones se abrochan casaca embreada. En «La Turbot» se está bastante bien, y allí me alojare mientras tenga que buscar la pista de Romanichel.

—¿Cree que está por Trébeurden?

—Eso dicen.

—Hay poco movimiento por las calles.

—El rumor de la llegada del coronel Von Deibler se ha propalado pronto, y hay hombres que inspiran el vacío en rededor. ¿Conoce al coronal Von Deibler?

—De oídas.

—Exageran algo al apodarle «Verdugo Sublime». El segundo calificativo sobra. Pero es innegable que tiene cerebro, aunque tortuoso. Para algo es el jefe del contraespionaje en esta costa. Tamiza muy bien su servicio. Ya ha llegado usted a la fonda. Yo seguiré dando un paseo. Buenas noches, patrón Brissac.

—Sean las suyas también, comisario.

En su habitación, tras cenar, Brissac intentó por todos los medios ahuyentar la visión de una cantante de cabaret apodada «Caricia».

Consiguió dormirse cuando habían ya transcurrido unas horas, y había vaciado una botella de fuerte «Calvados».

En aquel mismo momento en que se sumía en sueño de modorra, pero sin haberse desvestido, y con las manos en los bolsillos interiores, junto a las dos pistolas, en la sala superior de una mansión requisada en Trébeurden, el coronel Von Deibler en pijama de seda malva, calzando babuchas blancas, estaba sentado junto a una radio-gramola, oyendo los compases del «Concierto en Varsovia».

Alzó el *pick up* al entrar Raúl Cordiani, que informó:

—Ha contestado ya la Sede Central, mi coronel. Un motorista ha traído esto.

—Espere unos instantes aquí.

Von Deibler abrió el sobre lacrado, procedente de París. Dos pliegos, el primero de los cuales decía:

> «El hombre por el que inquiere, llamado Víctor Brissac, operó en las Antillas y Panamá, al servicio del «Intelligence», consiguiendo su misión. En el adjunto pliego hay tres fotografías suyas, y descripción física. Las últimas noticias que constan en nuestro archivo, lo sitúan prisionero en Londres, acusado del estrangulamiento del capitán Reginald Brooks, al parecer por celos, desconociéndose por el momento la personalidad de la mujer causante. Víctor Brissac es eminentemente peligroso por su inteligente agresividad.»

Von Deibler contempló las tres fotografías en color.

Raúl Cordiani se aproximó, al moverse en llamada la larga boquilla.

—Este hombre debe servirme de contraste para aquilatar si Janine Martel es oro puro o sólo un metal vulgar. Este hombre ha

de ser localizado, pero no detenido, hasta que se enfrente con Janine Martel, y estando yo avisado. Se llama Víctor Brissac, pero usara seguramente papeles a otros nombres. ¿Qué sucede, Raúl?

—Brissac figura en los registros de anoche, mi coronel. Si me permite que lo compruebe…

—Espero.

Poco después, el corso regresaba para anunciar:

—Se alojó anoche en «Le Turbot», inscribiéndose como patrón de cabotaje, mi coronel.

—Es extraño. Ni él ni sus jefes, pueden ignorar que nuestro servicio lo tiene fichado. Lo natural hubiera sido que empleara otros nombres. He de pensar en todo esto, Raúl. Limítate a colocar en «Le Turbot» a un buen ojeador… ¿Está libre Elsa?

—Puede estar aquí a la madrugada, mi coronel.

—Que desempeñe su papel de viuda rencorosa, pero ansiosa de protección varonil. Y emplee el recurso de siempre. Hasta mañana, Raúl.

A las nueve de la mañana, Víctor Brissac decidió que le sería imposible esperar hasta el anochecer para volver a ver a «Caricia».

Salió de su habitación, y descendía las escaleras cuando a sus espaldas oyó un ruido.

Se volvió rápido… Una mujer vestida de negro, estaba rodando escaleras abajo, en confuso pataleo.

Se precipitó Brissac, logrando asirla por los hombros. Elsa Grazberg, dominaba a la perfección aquel ejercicio.

Fingiendo sonrojo, se apoyó en el pecho de Brissac, murmurando:

—No sé cómo fué… Un vahído de pronto…

Hablaba un francés purísimo, su tez era de rubia natural, y sus azules ojos eran cándidos. Volvió a «desvanecerse» a medias, susurrando:

—Tengo en el número 17, mi tónico cardíaco. Gracias… Podré yo misma…

—De ninguna manera, señora. Yo la acompañaré. Está usted ahora muy pálida…

Casi apoyando su entero peso contra el hombro de Brissac, la agente de Von Deibler, se dejó llevar hasta el número 17, en cuya antesala se desplomó sobre un sofá, musitando:

—En la mesita de noche, por favor. Un frasquito rojo.

Víctor Brissac pasó a la alcoba, regresando con un frasco cuyo contenido eran pastillas de menta, pero cuya etiqueta decía:

«TRICARDIOL»

Lo cogió para verter en su palma dos pastillas, que fué chupando con expresión de alivio. Era bonita, en su rolliza plenitud, que era realzada por un elegante vestido negro, cuya toca de viuda echada hacia atrás, daba mayor sedosidad a sus cabellos.

—Lamento mucho haberle importunado, caballero. Le interrumpí…

—No iba a ninguna parte concretamente, señora…

—Ginette Ledoux, viuda del comandante Tarride, de 7.° de Artillería Pesada.

«Esta viudita es tonta», pensó Brissac, replicando:

—Víctor Brissac, patrón de cabotaje.

—¡Oh, qué interesante! Siempre he pensado que los marineros son virilmente caballerosos. ¡Qué tiempos más calamitosos! Mi pobre Héctor, era muy cariñoso… Fíjese que casualidad. Se llamaba Héctor, y usted se llama Víctor.

«Estúpida plenamente, pero hermosa», meditó Brissac, sonriendo al replicar:

—Una grata casualidad.

—Ya que está aquí, patrón, acepte una taza de buen café. Tengo siempre mi maquinilla conmigo. «No deberías tomar café», me decía siempre mi pobre Héctor, porque tienes el corazón muy sensible. Pero el pobre, ya ve, murió antes que yo.

—En efecto.

Ella, levantándose, pasó a la alcoba, para manipular en un hornillo eléctrico, sobre el que reposaba una cafetera samovar. Dijo:

—Me lo mataron los «boches», pero él mató a bastantes. Era muy valiente. Un hombre muy hombre, como usted, patrón. Esto se ve en seguida. Nada de un conquistador perfumado, sino un hombre completo. ¡Ay…! Esta guerra es horrible para nosotras, las pobres mujeres, una mujer con treinta años, condenada a vivir sola.

—Encontrará usted pronto consuelo, señora.

—Es lo que me decía mi pobre Héctor: «Sobre todo cásate pronto, si me muero, porque no has nacido con un temperamento solitario». ¿Cuántos terrones, patrón Brissac?

—Dos, señora. Gracias.

Ella, al sentarse, cruzó las piernas.

—Mi pobre Héctor también tomaba el café con dos terrones. Cuando pienso que los «boches» me lo mataron, no sé, pero sí pudiera ser, iría al frente a combatir.

—Otros lo hacen.

—Es verdad. Pero es muy triste, conducir mi «Simca», y sola, intentar olvidar. Además, no sé por qué, los hombres me molestan, al verme sola. Usted es diferente. Le adivino también muy sólo y triste.

—Podemos unir nuestras dos tristezas, ¿iba usted a algún sitio concretamente?

—A recorrer la carretera de la costa hasta el mediodía. Y por la tarde, pensaba… pero es muy atrevido… Yo pensaba ir al «Fuis Cafard», aunque con este luto…

—Debe distraerse, señora. Yo puedo acompañarla esta tarde, y también esta mañana. Me gusta conducir un «Simca».

—A mi pobre Héctor también. Es encantador haberle conocido, patrón Brissac.

Durante el almuerzo en una hostería de Saint-Malo, Brissac estaba ya convencido de que la «viuda de artillero» era tan sensual como estúpida.

A media tarde, cuando regresaban a Trébeurden, ella suspiró:

—Realmente, ha sido el Destino el que te ha colocado en mi camino, «Toto».

—Te he dicho ya que el diminutivo me da ganas de ladrar.

—Eres como mi pobre Héctor. Enérgico y muy hombre. Te llamaré Vic, ¿quieres?

El paisaje era sombríamente pintoresco, a medida que el crepúsculo invadía rocas y mar. La cinta de asfalto brillaba bajo la llovizna. Ella suspiró:

—No sé por qué han de matarse los hombres, siendo la vida tan sabrosa.

—Sabrosa tú, pero mejor que te calles. Quiero descansar de oírte.

—Eres un bruto adorable. Bueno, me callo.

El «Simca» se detuvo ante el «Fuis Cafard» a las siete de la tarde. Una criada condujo a Brissac y a la alemana, a un palco alto. En el escenario, una cantante trataba de alcanzar notas fuera de sus posibilidades.

—Te quiero, Vic. Bésame.

Entre los dos existía un sincero lazo de unión: instinto en él, apasionamiento en ella…

En los cuartos destinados a artistas, se comentaba que la cantante «Caricia» seguía tratada a cuerpo de rey en la planta alta. El propio Kermael le servía.

Pero a las siete y diez minutos, quien entró en la sala donde se hallaba Janine Martel fué Von Deibler, que se inclinó para besar la mano de la francesa.

—He venido de incógnito, Janine. Dentro de unos instantes, actuará usted, amiga mía. Fíjele bien en la sala, y palcos. Sería muy posible que Brissac, sabedor de que está usted aquí, viniera.

—¿Cómo va a saberlo?

—Un cartel con su rostro y busto, está en muchas paredes de

diversas ciudades de la costa. Un dibujante excelente. Ahora, usted cantará, y limítese a no demostrar nada, si reconoce a alguien en la sala. No habrá foco que la deslumbre, y las luces estarán normalmente encendidas. He pensado mucho en usted, Janine. Me agradaría cuidarme de su porvenir. Los alemanes no somos tan crueles como pretenden. Somos posiblemente mucho más sensibles que los franceses, aunque más torpes en expresar nuestros sentimientos. Vuelvo a mi palco, enrejado, desde donde veo sin ser visto. Le aplaudiré en mi corazón, Kermael la conducirá a mi palco, cuando acabe usted su canción.

En el suyo, Víctor Brissac acarició los despeinados cabellos rubios, casi en gesto semejante al que empleaba con un perro bueno. Y ella, murmuró, mientras cogiendo su diestra, la besaba puerilmente:

—Huye, Víctor Brissac.

—¿Eh? ¿Huye? El «Calvados» es muy fuerte; ya te lo advertí.

—No soy viuda de ningún francés. Soy alemana.

—A lo mejor, te gusta jugar a ser una mujer distinta cada día.

—Me llamo Elsa Grazberg, y me ha enviado Von Deibler a tu hotel, con la orden de no perderte de vista. ¿Por qué te digo esto?… No sé; porque soy estúpida…

Los azules ojos de la alemana estaban empañados en lágrimas…

—Una estupidez muy de agradecer, Elsa.

—Es que de pronto, mientras me besabas, pensé que no debías morir a manos de Von Deibler. Yo soy una despreciable asalariada, y tanto me da que me creas o no, pero me he enamorado de ti, porque adivino que estás decidido a morir. No sé cómo hacerme comprender…

—¿Qué más te ordenó Von Deibler?

—Que por todos los medios, procurase traerte al «Fuis Cafard», donde debías quedarte hasta que apareciera en el tablado una artista cantante. Creo que esta artista te ha de reconocer.

—¿Si Von Deibler sabe ya quién soy, qué necesidad tiene de que ninguna mujer me reconozca?

Y de pronto, Brissac sintió que un frío estremecimiento le recorría las venas. ¿Una artista… que había de reconocerle…?

—¿Sabes quién es la artista?

—Me dijo Raúl Cordiani, que se apodaba «Caricia», pero que se llamaba Janine Martel. ¿Qué te sucede, por qué…?

Víctor Brissac colocó su mano sobre los labios de la alemana, cuya voz iba ascendiendo. Dijo:

—Al fin y al cabo, ya estamos tú y yo en una extraña alianza, Elsa. No importa que sepas, que es un poco impresionante, averiguar ahora que la mujer que fué mi novia, y a la que yo creía

matar, está con vida, y, al parecer, al servicio de Von Deibler.

—Puede que ella… se vea obligada a ello.

—Puede… Lo veremos.

—Si te quedas te cogerán, y yo… me cogeré asco.

—Eres buena a tu modo, Elsa. Habrás enviado a muchos al verdugo, pero lo que importa es que a mí no quieres engañarme. Me interesa saber si Janine Martel me odia. Lo sabré cuando vengan los de Von Deibler a por mí.

—A lo mejor, ella no te delata. Tú mismo has dicho que ya sabe Von Deibler quién eres.

—Entonces, lo que pretende es averiguar si ella callará o me delatará. Si calla… Vete a tu coche, Elsa. Y espérame en el cruce con la carretera de Paimpol. Mi misión consiste en no dejarme atrapar, y no te preocupes, que lo conseguiré. Obedece, que ya me encargaré de que no te culpen, porque estarás en el «Simca» bien atada, cuando yo entre en mi segundo refugio. Vete ya, y… gracias, porque a lo mejor, me quitas las ganas de morir.

En el escenario, el pianista arpegio la entrada de Janine Martel, que avanzando, anunció:

—Cantaré para ustedes, «El molino que gime».

Víctor Brissac abandonó el palco, y en la sala, como les demás, parecía fascinado por la que cantaba mirando a todas partes…

Viva imagen de la tentación, ella bajó del tablado, acercándose hacia el que reclinado en una columna, sentía en su garganta un sollozo arañar.

Janine Martel llegó frente a Brissac, terminando refrán. El pianista efectuó los compases de «reposo». Ella susurró, rientes los labios.

—Estás descubierto, Víctor. Huye.

Inmediatamente se alejó, cantando…

Víctor Brissac no oía más que los latidos desordenados de sus sienes. Una salva de aplausos le despertó del ensimismamiento. Janine Martel desde el tablado, saludó brevemente, y desapareció.

En su palco, Von Deibler en pie, inquirió:

—¿Alguna novedad, Janine?

—Víctor Brissac estaba en la sala.

—¿Estaba?

—En aquélla…

A través del enrejado ella señalaba una columna, creyendo que ya se habría marchado Brissac. Le vió, añadió, sintiendo un infinito dolor íntimo:

—En aquella columna. El hombre con boina marrón, camisa a cuadros, canadiense… Ojos verdes… Es Víctor Brissac, el oficial de marina que mató al hombre que yo quería.

—Indudablemente, se ha quedado petrificado. Intentará verla. ¿Por qué no le envía una nota, citándole en este palco, por ejemplo? Una nota sentimental, como sus canciones.

—Lo que usted quiera, Excelencia.

—Por favor, dejémoslo en «coronel», de momento.

Una criada se aproximó a Víctor Brissac, cuando éste se dirigía hacia la salida.

—¡Eh, señor! La artista «Caricia» me ha dado esto para usted.

Leyó Brissac, sobre una cartulina doblada:

> «Buenas noches, mi amor.»

Desdobló, y en el interior, la letra de Janine Martel decía:

> «Mutua sorpresa, querido. Tu bala de saludo, aplastó un broche. Podemos hablar en sitio seguro, tan pronto sigas a la portadora.»

La criada que aguardaba, dijo:

—La artista está en el palco de lujo, señor»

—Vamos allá.

Subiendo las escaleras. Víctor Brissac meditó que le tenía ya todo sin cuidado. Quería volver a ver a Janine, y después, dispararía de nuevo.

CAPÍTULO VII

El «palco de lujo» se componía de antepalco, y un compartimiento bastante amplio, que comunicaba con un tocador.

Víctor Brissac tocó en la puerta, que al abrirse mostró a la tenue luz del antepalco, la espléndida figura femenina.

Ambos permanecieron silenciosos, tensos los ánimos… En los ojos de ella, una infinita melancolía.

—No puedo creerlo, Janine.

Ella se acomodaba en el diván, medio corrida la cortina que encubría así medio palco.

Víctor Brissac cerró la puerta, apoyando las espaldas en ella.

—De una mujer todo puede esperarse, pero resulta incomprensible que estés como cantante en un cabaret, donde yo… estoy de oyente.

—Tiembla tu voz, Víctor. Creíste matarme, sin dejarme explicarte lo sucedido.

—Me lo explicó el capitán Brooks. El nada te dijo, a interceptó mis postales, haciéndote creer que estaba muerto. Celebro no haberte dado injusta muerte, Janine.

—Tan por muerto te di, que empecé a amar a Reginald.

—No te lo reprocho.

—Puedes sentarte.

—Te veo mejor así. No puede tener naturalidad nuestro diálogo, porque todo es irreal.

—Te autorizo a que toques mi frente, Víctor. Solías hacerlo, diciendo que te mortificaba no ser dueño de mis pensamientos.

—Hace apenas unos días, te dejé… en tu casita de Richmond.

—He venido por tu mismo camino, y al servicio del comandante Lefebre, con la misión de atraerme al coronel Von Deibler.

Ambos no advirtieron que toda actividad había cesado en el establecimiento, desalojado silenciosamente por la aparición de Raúl Cordiani «y su orquesta» como los calificaba el burlón espíritu de la calle.

—La mujer no es apta para estos trabajos, Janine, a menos que esté dispuesta a todas las humillaciones. Y al igual que te creí desleal a una promesa, ahora… puedo aún exigirte cuentas, porque sigues siendo la única mujer que he amado.

—Muy agradecida, pero debes también pensar en mis posibles reacciones, cuando supe que habías matado a Reginald. Tanto al

visitarme como al vengarte en él, fuiste lo más parecido a un hampón. Tal vez, sin saberlo, lo que me atraía en ti, era el signo que llevas mareado, de hombre fatal.

Rió ella dolorosamente, añadiendo:

—Tu fatal signo, es morir violentamente y joven, Víctor Brissac.

—Un signo que tal vez tú también llevas inscrito. No veo claro tu juego, Janine, pero sí sé que apenas piense que voy a morir, vendrás conmigo.

Y ansiosamente, reseca la boca, cogió Brissac la botella de champaña, que se enfriaba en un cubo hielo. Bebió al gollete, prolongadamente. El frasco cayó de su mano, y como fulminado por un rayo, volcó la mesita desplomándose sobre ella, y dando un giro quedó de costado en el suelo.

Apartando la cortina, apareció Von Deibler, insertando en la boquilla uno de sus cigarrillos.

—Excelente actuación, Janine. Y hazme el honor de creerme… No es un veneno, sino un narcótico de efectos instantáneos, el que vertí en este frasco abierto. Era indudable que tu adorador sentiría sed al verte.

Con la puntera de su bota, Von Deibler tocó levemente en un costado al yacente.

—Era un hombre peligroso y agresivo. Pero Eva intervino. Vete al escenario, Janine. Dentro de unos instantes, Raúl habrá logrado que tu apasionado tenientillo, esté en condiciones de oírte cantar. Lo prometido es deuda. Quisiste torturas especiales para este hombre, y debo complacerte.

Media hora después, Víctor Brissac sentía un fresco mentolado en su boca, y una agradable sensación de euforia en su organismo.

Abrió los ojos, y pestañeó repetidamente. Un foco aureolaba a Janine Martel, acodada al piano…

En la penumbra, él estaba sentado, piernas, tronco y codos, rodeados de cuerdas.

Un absoluto silencio imperaba en la sala vacía.

Se mordió los labios, hasta sangrar. Estaba despierto…

Fué entonces cuando vió a la tercera persona. Lo vió de espaldas, ocupando el taburete de pianista.

Un cogote casi plano, recio, tan blanco como el sanado cráneo. Una guerrera negra, apretando el torso hercúleo.

En la muñeca izquierda, un brazalete de oro de gruesos eslabones. Y sobre el piano, en un cenicero, una larga boquilla en cuyo extremo se elevaba una columnilla de humo.

Ralf Von Deibler giró lentamente. Sus ojos grises miraron hacia el que sentado, había ya comprobado que, visible, no había nadie más en todo el local, poco antes ruidoso.

—Tengo el honor de ofrecerle una audición íntima, teniente Brissac. La señorita Martel ha accedido gustosa a deleitar nuestros oídos, y he condescendido en ser el acompañante.

—Está usted grotesco, Von Deibler, pretendiendo ser un irónico caballero. Le sienta como a un pato unos guantes.

—Habla por hablar, teniente Brissac. Usted quisiera gritar, maldecir, injuriarme, pero hay algo que duele mucho en su interior… La mujer por la que usted estranguló, ha preferido reconocer que un grotesco alemán es superior a un jovenzuelo francés. Debo también aclararle que la viuda que usted creyó conquistar, era un agente a mi servicio.

—Me admira su capacidad, Von Deibler. Y si ahora se propone atormentarme, sepa que le va a ser muy difícil, porque nada ni nadie en este mundo, podrán darme mayor tortura que la que sufrí cuando en Lisboa un compañero me dijo que esta mujer, y mi mejor amigo… Bien, pianista, ataque usted los primeros compases de la Marcha Fúnebre. Procure no desafinar, porque tengo entendido que los de la Gestapo, además de cobardes son incapaces de nada bueno, ni siquiera silbar.

—Si piensa encolerizarme, teniente Brissac, incurre en un error ingenuo. Mire a su adorada. Es mujer al fin, y usted es joven y bastante aceptable, físicamente hablando. Yo soy repulsivo, pero cuando usted esté convertido en un festín para gusanos, ella me besará.

Janine Martel intervino con febril ademán:

—No puedo soportar más, coronel…

—Debes dominarte, Janine, aunque admito que tu sensibilidad se imponga a tu odio. El teniente Brissac es el último superviviente, descontándote a ti, de los que fueron enviados por el servicio secreto. Esta madrugada, uno, y ayer tarde, otro, cayeron. Mis colegas del bando opuesto, deberían abandonar de una vez sus propósitos. En cuanto a usted, teniente Brissac, dispóngase a bien morir. Tendré la personal satisfacción de irle quitando el aliento con la suficiente lentitud, para que pueda maldecirme a placer.

—No le daré este placer, Deibler. Usted es un pobre enfermo sádico. Su mismo título de coronel es escarnio, porque no lo ha logrado ni por méritos de guerra, ni en el ejército. Es simplemente un verdugo, con más seso que los ordinarios.

Ralf Von Deibler en pie, tecleó a sus espaldas. Rió brevemente.

—Lo comprobará y pronto. No tiene escape, porque aparte sus ligaduras unidas a la columna, he de participarle que el edificio está bien guardado. Y gustoso pierdo el tiempo.

Ella volvía la espalda. Von Deibler se aproximó a un lado, donde estaba la tabla de conmutadores. Iluminó el escenario, y no volvió

hacia el piano, sino que se colocó frente a Brissac.

—Tengo mis dudas sobre usted, teniente Brissac.

—Estamos en familia y te permito que me tutees.

—Yo te aconsejaría que al hablar, retires prontamente la lengua, ya que otro individuo por tu estilo, se olvidó de esta elemental precaución, y al recibir un rodillazo, se comió una fracción de su propia lengua.

—Respeta la sensibilidad de tu nueva agente.

—Ella me rogó que inventara para ti los mejores refinamientos, en el difícil arte de quebrantar no cuerpos, sino espíritus. Como es posible que chilles, aconsejo a Janine que se siente al piano.

Janine Martel miró la pistola que sobre el piano había dejado el alemán. Pero adivinó que estaba descargada, y que era la última prueba a que la sometía Von Deibler.

Le era imposible intervenir. Tenía que realizar su cometido, sin poder evitar el sacrificio al que Lefebre había enviado a Brissac.

Mas intervino diciendo:

—Fué un hombre al que amé, coronel. Desisto ya de contemplarle…

—Quedo yo, mi querida Janine. Tu odio ha flaqueado, pero el mío es firme. Y odio a este presuntuoso imbécil, que pudo creer que músculos y armas le permitirían pasearse por los lugares que yo someto a mi vigilancia. Antes de proceder a saciar lo que calificas de sádica debilidad enfermiza, me gustaría oírte responder con toda libertad a una pregunta, Brissac.

—Soy todo oídos.

—No podías ignorar que mi servicio te tenía identificado. Te inscribiste con tus verdaderos nombres. No acabo de comprender tu actitud. ¿Un exceso de confianza en tus aptitudes?

—Verás, si escuchas con calma, cómo no eres tan maestro como supones. Yo fumo a veces tabaco negro, y como es lógico, lo someto a enrollamiento en papel de fumar. Y en uno de estos papeles, con cierta tinta, he señalado la exacta situación de tu famoso «Plan Erizo».

Ralf Von Deibler permaneció inmóvil, como si tendiera el oído a un lejano rumor. Cerró los ojos, y Brissac rió…

—Ahora trata de saber dónde y a quién entregué el librito de papel de fumar. Tortura, verdugo, y sonsácame sangre, porque lo que es revelaciones, puedes abandonar toda esperanza.

—Resulta gracioso que tú me hables de abandonar toda esperanza.

—Estás ganando tiempo, Deibler, porque la sorpresa te tiene agarrado. Piensas que puede ser una mentira mía. Puede que sí, puede que no, y mientras, hay un papel de fumar, tenue, sin

consistencia. Te confesaré que no he tenido tiempo de entregarlo a nadie, pero lo he escondido en un determinado lugar, donde al transcurso de siete días, sin dar yo señales de vida, alguien sabrá encontrarlo.

Ralf Von Deibler se encaminó rígidamente hacia el piano, donde su mano izquierda tanteó el teclado. Sin volverse, dijo:

—Es una buena jugada, teniente Brissac, pero es también un solemne embuste. Nadie sabe nada acerca del «Erizo«. Ni siquiera puedes decirme tan sólo una palabra que sea significativa de que es verdad lo que pretendes.

—Eres un pobre diablo.

Ralf Von Deibler llamó:

—¡Raúl!

De entre bastidores, unos pasos se aproximaron. El corso esperó…

—Supongo que registrarías a este espía. Raúl.

—Sí, mi coronel. Llevaba un cinto con diez cargadores y dos pistolas en su canadiense. Sigue con ella encima, según órdenes…

—¿Qué más, Raúl?

—Esto, mi coronel. Estaba cosido entre el forro.

Raúl Cordiani tendió un librito de papel de fumar, y la risotada de Von Deibler fue de inmenso alivio.

—Vete a buscar dos buenos faquines para transportar con su silla al teniente Brissac a mi residencia. La fiesta continuará con los debidos accesorios.

Sosteniendo entre el índice y el pulgar el librito, Von Deibler añadió:

—Una buena mesa, la grata compañía de Janine, y tu presencia. Casi lograste tu propósito, Brissac. ¿En qué hojilla?

—En ninguna, pero has sudado…

Gritó Janine, y en el escenario repentinamente a obscuras, se oyó una voz que decía:

—No te mato, porque costaría cien franceses fusilados.

Ralf Von Deibler disparó hacia la silla, en ráfaga horizontal, de semiarco…

Víctor Brissac tuvo sensaciones de vértigo. Alguien, apenas se habían apagado las luces, había levantado en vilo su silla, cortando la soga, y en veloz retirada, derribaba dos bastidores, gritando:

—¡Tu amigo Romanichel, teutón!

Adivinaba ya Brissac que su silla era llevada por dos hombres, y que el llamado Romanichel protegía aquella retirada.

Vociferaba Von Deibler, y tabletearon fusiles ametralladores. En la obscuridad, los portadores de la silla, parecieron hundirse. Era una trampa en bodega, que comunicaba con un largo sótano…

Un cuchillo fue chirriando, y la voz de Romanichel, anunció:

—Cuando quedes libre, dale a los pies, Brissac, y procura no dejarte ganar por mis compinches que corren como gamos. Más tarde, hablaremos de todo un poco.

Víctor Brissac sólo sabía que estaba libre, podía correr, y llevaba amas. Con ellas dos en las manos, surgió tras las dos confusas siluetas de los que le habían llevado en andas…

—Fuego de distracción —comentó en la noche uno de ellos, sin dejar de correr—. Otros compinches distraen a los perros guardianes… ¡Por aquí, muchacho!

Atravesado un gran patio, los tres penetraron en un largo cobertizo, y otra trampa se alzó mostrando abajo un «jeep», en el que casi a tientas se instaló, después de su salto, Víctor Brissac.

Delante, un sendero, por el que a velocidad de vértigo, traqueteante, el «jeep» zumbó, penetrando al poco en una carretera.

Focos y disparos atrás, hasta que en un viraje, el conductor frenó tan bruscamente, que Brissac dió de cabeza contra su espalda.

—¡Por pies!

Los dos desconocidos corrían ya ladera arriba en un acantilado boscoso, abandonando el «jeep» que hasta horas antes había sido propiedad de una patrulla alemana.

Víctor Brissac oyó perfectamente otros frenos rechinando, y disparos… Corría con atlética facilidad, pero sus salvadores, que le precedían, tenían una pasmosa ligereza.

Empleaban senderos casi invisibles, lo cual demostraba que conocían bien aquellos terrenos.

Fueron aminorando la carrera, hasta apoyarse en sendos roquizos, mientras aspiraban aire con ansia. Lo mismo hizo poco después Brissac, y los dos volvieron a echar a andar.

Daban la espalda a la ciudad y al mar, dirigiéndose hacia la colina erizada de dólmenes y menhires.

No hablaban, sino que caminaban apresuradamente, al parecer sin elegir, pero siempre por terreno protegido por sombras, además de las nocturnas. Y cuando mucho después llegaban a la cima de la colina, uno dijo:

—Estamos en casa, muchacho.

Los dos acababan de apoyarse en un dolmen, y desaparecieron hacia el interior, casi tocados por las manos extendidas de Brissac. En plena obscuridad, notó que bajaban peldaños en espiral, casi verticales.

Por fin una tenue luz en inmensa caverna, y una voz:

—La gruta de Romanichel, teniente Víctor Brissac.

Era la voz del misterioso enmascarado.

CAPÍTULO VIII

Según la radiestesia, cada alineamiento de menhires en Bretaña, correspondería a redes subterráneas de ríos, pero a demasiada profundidad en su mayor parte, para que sea provechoso ahondar.

Pero uno de los dólmenes que afectaba la forma de una cabeza de hombre, había sido ahondado artificialmente durante la Revolución Francesa por un aristócrata, el marqués de Josselin, que fué legando el secreto a su descendencia, obligándoles a nunca revelarlo.

Les obligó a tal juramento, por dos razones: una, práctica, para que en caso de peligro, tuvieran un escondite seguro, y otra, de tradición, porque causaría mal efecto en aquella tierra donde supersticiones y fe se mezclaban, el saber que un Josselin profanara la colina de los menhires y dólmenes.

Todo esto, como es lógico, lo ignoraba Víctor Brissac, cuando tras los pasos de sus dos salvadores, pasó por entre torcidos brotes de piedra que semejaban sierras, y que en el alto cóncavo, se repetían apuntando hacia abajo.

Había linternas colocadas en algunos resaltes, desparramando poca luz, pero la suficiente para ver por dónde se caminaba.

El suelo era húmedo, y le fue grato llegar a una oquedad lateral donde los dos que le precedían acaban de entrar, y tendían sus manos hacia un fuego de ramas secas de pino.

Se sentaron, y Brissac comentó:

—No os he dado aún las gracias.

—A nosotros, no tienes que agradecernos nada. A él.

—¿Quién es él? Porque al entrar en esta gruta oí perfectamente una voz indicándome que era el dominio del llamarlo Romanichel, pero debe ser amante del misterio, porque de nuevo está invisible.

Los dos se levantaron, y dando la espalda al fuego miraron al fondo de la oquedad. En ella, un hombre alto, corpulento, vestido como un pescador, con gorra azul, les acababa de hacer una señal con la mano.

Y los dos se alejaron, perdiéndose en la penumbra por entre las estalactitas.

Víctor Brissac contempló al recién aparecido.

Llevaba un casco de color marrón, semejante de los motoristas, pero con sólo dos estrechas rendijas. Una a la altura de los ojos, la otra a nivel de la boca, que dijo:

—Romanichel te saluda, teniente Brissac.

—Correspondo, y lamento no decirte que me inspiras una gratitud eterna, aunque reconozco que acudiste muy a tiempo.

El del casco se aproximó, y también tendió hacia el fuego las dos manos. Fuertes, nervudas…

—Tengo que aclarar, que no fué por salvarte a ti, sino por reventar a Von Deibler, por lo que te saqué del tablado del «Fuis Cafard».

—No abusaré mucho tiempo de tu hospitalidad, Romanichel, porque tengo quehacer.

—¿Volver a servir de pelele a Von Deibler?

Se puso en pie, lentamente, Víctor Brissac, crispados los puños.

—No te pedí que me salvaras y soy muy libre de servir de lo que se me antoje.

—Un genio pronto, y unas ganas inmensas de morir, teniente Brissac, te hacen acreedor a cierta tolerancia.

—¿Tolerancia? ¿Dónde oí yo citar ésta cualidad…?

Víctor Brissac, de pronto, rió sin la menor alegría.

—Vamos, comisario Dorval, ya puede quitarse casco.

—Me abriga el cutis. ¿Qué te hace suponer que soy Dorval?

—Cuando solté el paracaídas, estabas en lo alto de una loma, examinando los contornos. Ayer noche, ante el «Fuis Cafard» me abordaste, y realmente nadie mejor trae tú para burlarte como quieras de Von Deibler. Tu mismo modo de actuar esta noche…



Es usted un genio maquiavélico.

—No es tan milagroso. De costumbre concedo mucha importancia a los pasos de Von Deibler, al que no puedo matar, porque serían al instante fusilados cien rehenes franceses. Tengo miles de miradas amigas, y voces cómplices. Rondaba uno de los míos por delante del «Fuis Cafard» ya que sabíamos que Von Deibler se había interesado mucho por la tal «Caricia», y a mí me interesaba saber qué pasaba con ella. Otro de los míos, que tiene acceso a la lectura de registros de hoteles y fondas, vió que una viuda de militar francés, una tal Ginette Ledoux, viuda del comandante Tarride, se alojaba en «Le Turbot». Podía ser una resistente en peligro. La vigiló, y así fué como la vió pasear contigo, y después salir llorosa del cabaret, metiéndose en un coche «Simca», para ir a un cruce de carreteras, donde se detuvo en un sendero, apagando faros, como si esperara algo o alguien. Mi compinche supo ser elocuente, y ella dijo que un tal Brissac corría un peligro enorme en el «Fuis Cafard», cosa que al serme comunicada, me dejó muy frío, pero en cambio, lo que había añadido la viuda era de mi máximo agrado: Von Deibler concedía inmensa importancia a la captura del

tal Brissac, que estaba a punto de ser cogido. Desalojaron el cabaret, y yo con unos cuantos compinches, acudí por bajo tierra, uno de mis predilectos caminos, siempre que los hay, y la costa, bretona está muy socavada, como te dirá cualquier geólogo.

—Para incordiar a Von Deibler, me raptaste con silla y todo. Pero yo tengo una misión, y debo cumplirla. Y esta vez no beberé nada donde ronden «Caricia» y Von Deibler. Tengo que ir ahora a Ploumanach, y alojarme en mi segundo refugio.

—Ploumanach está apenas a diez millas de Trebeurden. ¿Tienes mucho empeño en que te coja Von Deibler?

—Sí, pero dándole guita, si lo entiendes, que significa jugar al escondite. Fallé la primera vez, porque…

—Estabas ante la mujer a la cual algún día amaste. Bien, no es asunto mío, Brissac. Eres muy libre de hacerte torturar, si ese es tu gusto. Por ahora aquí tienes alojamiento. ¿Tienes sueño?

—No.

—Entonces, te haré los honores de mi palacio.

El hombre del casco de cuero, echó a andar, seguido por Brissac, que en otras circunstancias normales hubiera estado intrigado.

Había sombras que se movían en algunas oquedades. Seguramente «compinches» del misterioso Romanichel.

Y en una oquedad, dos linternas iluminaban un extraño cuadro. En un banco tosco, el comisario León Dorval, sentado, parecía muy poco contento con gozar de la hospitalidad de Romanichel.

Alzó la vista, pero permaneció en silencio. Fue Romanichel el que dijo:

—Te querían fusilar mis compinches, por creerte un amigote de Von Deibler. Pero parece ser que sabias que éste era un espía lanzado en paracaídas, según acaba de decirme, y eso… cambia. Has estado muy ocupado buscando mi pista, y no pareces complacido, comisario, ahora que estás en mi propio palacio subterráneo. Tengo otros más, bien repartidos, porque en torno a esta gruta hay muchos pasadizos. Un lugar muy folletinesco, muy de acuerdo con los tiempos que vivimos… si es que puede llamarse vivir a esto. Te pido excusas, si mis compinches te han golpeado con demasiada dureza en el occipucio, pero las cabezas de comisario son duras.

—¿Cuánto tiempo he de permanecer aquí, Romanichel, y en calidad de qué? —inquirió, tranquilamente, Dorval.

—Se verá a ver, que fue lo que dijo el ciego.

—Con casco o sin él, hablas como un clásico bandido, Romanichel. A lo mejor te supones un patriota.

—Me basta con ser un francés que le quita el sueño a Von Deibler. Me agradaría saber que puedo contar con tu abstención

como comisario, mientras sigan los alemanes en Bretaña. Eres un hombre honesto, apolítico y tranquilo, Dorval.

—No pacto con bandidos, que…

Víctor Brissac estaba tras el hombre del casco, y Romanichel alzó su cubrecabezas un instante. El comisario Dorval, interrumpiendo su frase de protesta permaneció con los ojos dilatados en expresión de indecible estupor. Iba a pronunciar un nombre, pero Romanichel, colocado de nuevo su práctico antifaz atajó:

—Comprenderás, comisario Dorval, que no es preciso clames mis apellidos, porque me los sé. Y veré que las apariencias engañan. Dime: ¿es cierto que Von Deibler te hizo saber que si antes de una quincena no me habías capturado, tu madre y esposa, sufrirían sus especiales atenciones ante tus ojos?

—Así es… ¿Y cómo ha podido usted enterarse…?

—Tuteémonos, comisario, y no quiero alardear de dotes sobrehumanas. ¿Conoces esta letra?

Tendió Romanichel una carta, y Dorval exclamó:

—¡Es letra de mi mujer…!

—En efecto. La entregó a un compinche mío, y es sencilla en su elocuencia. Déjame leértela. Dice así:

> En Reúnes, a 30 de abril de 1944.
>
> «Al señor Romanichel: Aunque no tengo el honor de conoceros, os escribo y sé que un buen hombre os hará llegar esta carta. Mi marido, el comisario León Dorval, se encuentra en un terrible dilema. Debe capturaros, porque así se lo ordena su conciencia. El coronel Von Deibler ha hecho insinuaciones horribles, y si mi marido no os detiene, seguramente la pobre señora Dorval, mi mamá política, será torturada. Es horrible, y yo no sé qué hacer ni qué decir. Además, la señora Dorval está obsesionada con matar a Von Deibler, para que no haga daño a León. Es horrible, señor Romanichel. No sé qué hacer, pero Dios os bendiga,
>
> «Anne Dorval.»

Dobló el enmascarado la carta, y comentó:

—En estilo, cero. Pero en patetismo de buena clase, sobresaliente. Leí, y tomé una decisión. Tú, comisario, serias muy distinto, si nada tuvieras que temer por tu familia. Me place hacerte saber que me he tomado la gran libertad, ya que para eso soy el bandido Romanichel, de conseguir que tu madre y esposa viajen

cómodamente y con seguridad plena, hacia Inglaterra, donde creo llegarán, este mismo amanecer. Ahora, comisario Dorval, llámame entrometido, o sáltame encima, o acepta que nos llamemos «compinches».

El comisario, con la carta que le había entregado Romanichel, dijo:

—Dios os bendiga, señor… Soy vuestro compinche…

Ambos se estrecharon las diestras en silencio, y Romanichel indicó:

—Esta es tu sala por ahora, compinche Dorval. Tengo que seguir haciendo los honores de mi palacio al joven Brissac.

Unos pasos más allá, Brissac masculló:

—Empiezas a intrigarme, y lo creía imposible, porque todo me tiene sin cuidado. Te ve sin casco el comisario, y poco le falta para arrodillarse de asombro. En este agitado mundo que es el del espionaje, con agentes dobles, nada me extrañaría que fueras el propio Raúl Cordiani.

—Cosas más raras se han visto en Francia. Perdón teniente Brissac, a la derecha ahora.

Un corto pasadizo a obscuras, y de nuevo luz iluminando una pequeña gruta. En ella, Elsa Grazberg se acodaba en una mesa de tosco pino, y al oír pasos, miró. Levantóse con lentitud, susurrando:

—Vic… ¡Romanichel!

Su primera palabra había sido suavemente pronunciada. Su exclamación segunda, tuvo mucho de pánico. Avanzó Brissac, adivinando el temor de la alemana, a la que cogió por los hombros:

—Gracias a ti, Ginette, los patriotas de Romanichel me sacaron a tiempo del «Fuis Cafard». Nos marcharemos de aquí, dentro de unas horas, Ginette. Ahora descansa. No te muevas de aquí.

Dió media vuelta Brissac, para seguir a Romanichel que en otro túnel, corto también, algo iluminado por el resplandor de linternas, una en cada boca del pasadizo, se detuvo:

—Te irás, pero sólo.

—No veo la razón por la que Ginette no pueda venir conmigo.

—Una razón aplastante. Tu Ginette, es una espía alemana, que por la costa ha desempeñado muy bien sus papeles de viuda llorosa. Si se enamoró de ti, y sabiéndote agente, traicionó a Von Deibler, es doblemente traidora. Está sentenciada.

—¿Quién eres tú para sentenciar a nadie? Di mejor que habéis decidido asesinar a una pobre mujer.

—Toleradas son tus duras frases, porque los condenados a muerte tienen derecho a muchas libertades póstumas. Y tú te has sentenciado a morir. Pero Elsa Grazberg ha terminado su carrera de falsa viuda.

—Medita, Romanichel.

En la diestra de Brissac apareció una pistola ametralladora. Volviéndose, el hombre del casco, dije:

—Estoy meditando, y te ruego me ayudes.

—La alemana saldrá de aquí conmigo. Porque si está aquí es porque quiso salvarme. Una vez, está fuera ella, allá tú y allá ella, peso ahora mismo, tú me vas a servir de guía, hasta el exterior, y Elsa conmigo.

—La ingratitud es el pan humano, pero no me asombra en tí, Brissac. Esa caballerosidad está desplazada en quien, como tú, quiso matar a su propia novia, y estranguló a un rival afortunado.

Con el cañón hizo Brissac un gesto significativo; y Romanichel dió media vuelta.

—Te advierto que si alguno de los tuyos pretende cerrarme el paso, dispararé. Tanto me da que seas tú el primero…

—¿Por la espalda? El teniente Brissac ha cambiado mucho.

—¿Acaso tú le vas a dar a Elsa un fusil ametrallador para que se defienda cuando tus compinches la fusilen?

—Tampoco ella dió defensa a los incautos, que la vieron rodar muy acrobáticamente escaleras abajo. Un truco infalible. Bien, ahí tienes a tu amadísima…, pero creo que te arrepentirás. Supuse que eras un espía patriota, pero veo que eres un aventurero suicida. No es preciso que temas ninguna emboscada. Mis compinches sólo se ponen en actividad, si yo se lo exijo. Puedes enfundar tu armatoste, Brissac. Yo te serviré de guía hasta el exterior. ¡Viuda Ginette Ledoux!

La alemana corrió junto a Brissac. Unas sombras se movieron, y el hombre del casco, gritó:

—¡Nadie se mueva! Por aquí, señora y caballero —y encendiendo una linterna eléctrica, el extraño enmascarado, andando, echó a ras de suelo el haz de luz, y como un acomodador, fue diciendo—: Una película muy interesante. El espía francés se siente galante con la alemana, mientras su ex novia ha logrado inspirar a Von Deibler, el verdugo, algo semejante a una pasión humana. Como espero que me dará propina el caballero, no le diré cómo va a terminar todo esto, aunque puedo anticipar que muy mal… Quizás por esto mismo, soy amable y tolerante.

Al término de un largo pasadizo, bajo un tupido enramado, estaba el «Simca» de la alemana. Expuso Romanichel:

—Tal vez Von Deibler te dé una medalla de «chucrut», si le revelas este escondite de Romanichel. En cuanto a ti, Brissac, considero inútil decirte que tu deber no consistía en impedir que esta mujer tuviera su castigo. Ya caerá. Y tú me sorprendiste, porque, pese a todo, no recelaba de un caballero oficial.

Romanichel, brazos cruzados, vio cómo la pareja subía al coche. Dijo:

—No debes estar tan asustada, «gretchen». Si no os dieron emboscada dentro, menos os la darán fuera, porque así soy yo. Puedes atravesar sin miedo aquel muro de ramas, Brissac. Cederán a tu paso. Y si no hemos de volvernos a ver, descansa en paz, ex teniente Brissac.

Víctor Brissac, a lenta marcha, hizo que el parachoques empujara la enramada que convertía en hoyo la plataforma de salida. Una de las tantas salidas del «palacio» de Romanichel…

Cedieron las ramas, y una ladera descendente, aumentó el rodar del coche. Ella gimió:

—¡Nos acribillarán ahora a balazos desde cualquier sitio!

—Pudieron hacerlo dentro.

—No, porque tú apuntabas con la pistola a Romanichel. Pero ahora, sus hombres…

—Calla, y reza. Sea lo que sea, Romanichel no asesina por la espalda a un ex teniente. Es duro lo que voy a decirte, pero es la verdad. Te iban a fusilar… y ellos se creían asistidos de derecho. No pude consentirlo, porque si allí estabas, fué por pretender salvarme.

El coche, faros apagados, rodaba ahora por la carretera general, hacia la costa. Opinó ella:

—Volverá Von Deibler a cogerte, Vic.

—¿Y contigo, que hará?

—Puedo… Nada.

—Dilo… Puedes revelarle el escondrijo de Romanichel, ¿no?

—No lo haré, si escapamos los dos a Suiza.

—No me gusta el queso de bola. Si estoy por estos malditos parajes, no es en excursión de placer, Elsa. Contigo estoy ya en paz. Me diste y te devolví. A poca distancia de Ploumanach, el coche quedará tuyo por entero. ¿Viste cómo nos saludó el motorista alemán? Ha reconocido tu «Simca», y dejan paso libre a una de las espías de Von Deibler. No puede tener final nuestra breve luna amorosa, Elsa.

—¿Y ella, la artista que fué tu novia? —musitó la alemana.

—Ella fue, y tú has sido. Yo sigo mi camino, marcado, hasta el fin. Y ahora no pretendas detenerme con sollozos o promesas, Elsa.

Detuvo Brissac el coche. Se divisaban las luces de Ploumanach.

Ella en silencio, crispadas las facciones, bajaba la cabeza.

—Con este mismo coche llegarás a Suiza, muy bien, Elsa. Hazlo… porque Romanichel llega muy lejos, pero no hasta Suiza. Adiós. Tú puedes olvidar tu pasado, pero yo el mío, no.

Víctor Brissac bajó, y corriendo se internó por entre la arboleda. Ella puso el coche en marcha, pensativa…

CAPÍTULO IX

Ralf Von Deibler a las once de la noche, penetró en la sala de la residencia de Trébeurden, donde una mesa bien surtida, esperaba. Y en el sillón de cabecera, Janine Martel.

El alemán forzó una sonrisa, inclinando brevemente la cabeza:

—Perdón por mi larga ausencia, Janine. Asuntos de servicio. Reconozco que Romanichel domina a la perfección el arte de escabullirse, pero confío en la torpeza de Brissac. Volverá. ¿Vino blanco o sidra, Janine?

Ella también había recuperado la normalidad, desde que horas antes, en el escenario, se desarrollaron los rápidos hechos, y uno de los pistoleros de Cordiani la había conducido a aquella sala.

—Has demostrado tu inteligencia, Janine. Cuento contigo, y tienes seguro tu porvenir. ¡Adelante, Raúl!

El corso, entrando, presentó un rollo de pergamino, e inclinado habló en voz baja casi al oído de Von Deibler, que hizo un ademán:

—Que pase.

El corso salió, mientras Von Deibler desenrollaba el pergamino, diciendo:

—Excúsame, Janine. Una visita urgente.

En la sala entró Elsa Grazberg.

—Buenas noches, Elsa. Te presento a la señorita Janine Martel, una gran auxiliar. Pareces muy nerviosa Elsa. Siéntate, y bebe una copa de «muscadet». Serena los nervios. Puedes hablar en plena confianza.

—Sé dónde se esconde Romanichel, Excelencia. Y Brissac está en Ploumanach.

Los ojos grises del alemán miraron cariñosamente a su agente.

—Eres fiel y valerosa, Elsa. Serás recompensada. ¿Dónde se esconde Romanichel?

—En la colina de los menhires. Una inmensa gruta con numerosos túneles, y… Yo puedo conducir a Cordiani.

Ralf von Deibler que estaba en pie, junto a Elsa Grazberg, acababa de hacer un simple gesto. Empujar…

Ella, que había cogido la copa que le tendía él, y empezaba a beber, emitió un extraño ruido, muy semejante a un gorgoteo. La copa empujada le segó la boca por las comisuras, estrellándose en añicos el cristal contra su rostro…

Horrorizada, Janine Martel se cubrió el semblante con las

manos.

—Perra traidora y sensual.

Cuatro palabras dichas como ladridos, y un solo disparo… Elsa Grazberg no mostró ya el rostro mutilado, porque se desplomó de bruces sobre la mesa, al recibir el disparo en la sien.

Ralf von Deibler empujó ahora la silla, que se volcó, derribando al suelo a Elsa Grazberg. Ladró el alemán:

—¡Raúl! Llévate a esta carroña.

Poco después, sentándose, Von Deibler manifestó :

—Lamento esta escena, Janine. Puedes quizás comprender, si lees este mensaje.

Había dejado el rollo apergaminado ante Janine Martel, que leyó:

> «Romanichel tiene el asco de hacerte saber, Von Deibler, que tu sirena Elsa, ha podido salir de mi gruta, gracias a que el impetuoso Brissac tenía que devolver un favor recibido. El favor consistió en que Elsa, sucumbiendo a la poderosa emanación viril del francés Brissac, solicitó de uno de mis compinches que salvara al pobre Brissac, caído en tu charca pestilente. Yo estimé que no valía la pena ser baleado por el suicida Brissac, que se sintió generoso con tu sirena, y la liberté. ¿Huirán? No lo creo. Me temo que ahora vamos a ser dos lo que te darán trabajo. Yo y Brissac. Antes que se me olvide… La familia del comisario Dorval está llegando felizmente a la costa inglesa. Y por último, los pinchos de tu Erizo, serán ineficaces, porque está próxima la invasión, y juzgué muy necesario averiguar por qué llovían tantos agentes del espionaje aliado. Cuando llegue el momento, si sigues con vida, sabrás quién es tu pesadilla,
>
> Romanichel.»

—Daría años de vida por coger a este bribón. No hagas caso de su bravata acerca de mi línea defensiva. Nadie puede encontrarla, porque está muy hábilmente organizada. A tu salud, Janine.

Alzando la copa, Von Deibler miró con agrado a su comensal. Ella se estremeció… Adivinaba el final de aquella cena, y juzgaba que ya había hecho cuanto le fué encomendado. Si Romanichel era capaz de jugar como lo hacía con la poderosa organización de Von Deibler, también lo era de haber hallado la famosa línea defensiva.

No tenía que seguir ganándose la confianza de Von Deibler, como le indicó el comandante Lefebre, al ella pedir ir a Bretaña, y ser la que delatase a Víctor Brissac, llegado el momento.

Cuando se ofreció, estaba segura de odiar con toda su alma. Pero frente al que estranguló por ella… todo había cambiado.

—En Ploumanach está tu ex amor, Janine, he acabo de entender lo que se propone.

—Engañarte —sonrió ella.

—¿Cómo?

—Vino con una misión. Servir de señuelo, para permitir a los otros agentes trabajar libremente. Él debía fingir tener el plano de tu línea defensiva, tan pronto supiera que alguno de los otros agentes que con él vinieron, lo tuviera.

—Un plan hábil. ¿Y quién había de comunicarle el éxito de esta operación?

—Lo sabría cuando, en un seguro refugio, lo cogiera Von Deibler.

—Excelente, excelente. ¿Y por qué consintió él en suicidarse?

—Ignoraba que sería yo quien lo delataría. Porque era lo convenido. Un agente revelaría a Von Deibler el refugio de Brissac, y así, mientras, escaparía el portador del plano.

—Bien. Todo ha terminado, pues. Sólo queda terminar con Brissac.

—Si conoces el escondrijo de Romanichel, ¿por qué no envías allí a tus hombres?

—Eso quisiera él. Aunque sitiáramos la colina de los menhires, de nada serviría. Y si mis hombres registraran palmo a palmo todos los subterráneos, sólo hallarían explosivos que les mandarían al otro mundo. Allí domina él. Ya registramos una vez… y perdí más de cien soldados, técnicos en recoger minas y espoletas de bombas sin estallar. Entre los cómplices de Romanichel hay militares, artilleros rebeldes. Pero dejemos este desagradable tema. Te invito a un paseo… Ni tú ni yo tenemos apetito. Iremos a Ploumanach. Es costa áspera, pero salvajemente romántica.

***

Junto al faro de Ploumanach, al exterior del poblado, Víctor Brissac encontró el «segundo refugio» indicado por Lefebre.

El casco en varadero de un desmantelado pesquero de Terranova, cuyas cuadernas iban pudriéndose sobre la arena, en la pequeña cala, donde la escoba luminosa del faro barría a regulares intervalos de tres y cinco segundos, alternativamente.

En el intervalo de cinco segundos de obscuridad, Brissac corrió desde tras una roca, al casco abandonado. Un refugio que sólo conocían el comandante Lefebre… y el agente que le delataría a

Von Deibler.

Encontró la hamaca marinera en el lugar descrito por Lefebre, y tendiéndola, se echó en ella, entre dos cuadernas de proa.

El rumor del mar batiendo los acantilados, era un monótono compás de acompañamiento a su febril combate mental. Había jurado cumplir una misión, y debía cumplirla.

Pero saber a Janine Martel con vida y junto a Von Deibler, le producía un hondo rencor… contra el Destino. Había jurado esperar, siendo un señuelo para la Gestapo, pero al jurar no sabía que Janine Martel estaba con vida.

***

En el coche, detenido en la plaza central del poblado de Ploumanach, dijo Von Deibler:

—Bien, Janine… Estoy esperando.

—No comprendo.

—Sólo tú sabes cuál es el seguro refugio de Brissac, que esta vez no habrá elegido un hotel.

Cuatro motocicletas con sidecar, en el que se ahorquillaba una ametralladora, y tres «DKW» con los pistoleros de Raúl Cordiani, escoltaban al «DKW» en el que Ralf von Deibler esperaba.

—Con toda esta escolta, él huirá.

—Depende de dónde se esconda.

—En el faro, y tiene una lancha rápida preparada. Huirá a otro sitio apenas os vea llegar. Y yo sola no puedo visitarle, porque me vió a tu lado.

—¿En el faro? Mientes, querida Janine —replicó suavemente, el alemán.

—Creo haberte dado pruebas suficientes de que no miento.

—En el faro hay una sección de infantería alemana, selecta, y en el alojamiento de la base del faro, el capitán Morbach, de la Gestapo, mi mejor amigo, y hombre plenamente seguro. ¿Cómo pues, iban ellos a dar escondite a un espía?

—Eso… fué lo que me dijo… el comandante Lefebre.

—¿Sí? Bien, vamos a ir al faro. Hay traidores por todas partes, y a lo mejor el capitán Morbach, creyendo lo imposible, o sea la victoria del enemigo, ha sucumbido al oro inglés. ¡Al faro!

Ella, se arrebujó más en su abrigo de pieles, un regalo reciente del que a su lado, encendiendo otro cigarrillo, sin mirarla, comentó:

—En el faro, saldré de dudas. Hasta ahora te creí sincera. No quisiera haberme equivocado… Durante la cena, en cierto momento, vi en tus ojos luz de repulsión. No pido amor, sino

sumisión. Es más placentero.

La carretera bordeaba la costa, y era visible ya la pendiente que conducía al alto torreón en cuya cúpula redonda, el faro lanzaba sus guiños luminosos.

Las motocicletas se detuvieron en la explanada, ocupando al igual que dos coches, una estratégica posición. Atrás, un «DKW» se detuvo, y en el centro de aquella ambulante fortaleza, descendió Ralf von Deibler, que galantemente tendió la diestra, para ayudar a bajar a Janine Martel.

Avanzaba ya un individuo, con uniforme de capitán de la Gestapo. Saludó con sonora rigidez:

—¡Sin novedad, mi coronel!

—Gracias, capitán Morbach. Tendré el honor de presentarle a esta señorita, en tu sala de guardia, que creo está muy confortable en estas ásperas noches. Te seguimos, mi buen amigo.

En la base del torreón, un buen fuego ardía en la parrilla, y un mobiliario requisado, ofrecía comodidades algo absurdas, en su mezcla de estilo Luis XV y bretón antiguo, con una nevera americana y una radio inglesa.

—Al parecer, la señorita sospecha que hay una lancha rápida conteniendo a un espía enemigo, en este lugar, capitán Morbach.

El aludido, de cara afilada, semejante a la de un hurón, permaneció unos instantes como embrutecido, totalmente idiotizados los ojillos grises, tras las gafas de montura de oro.

La risa de Von Deibler brotó crujiente, desagradable.

—O han engañado a la señorita Martel, o me quiere ella engañar. ¿Te das cuenta, Morbach? Una francesa coqueta, pretendía engañarme a mí. Pon más leña al fuego, Morbach; te lo ruego. La francesita está temblando… y eso que ignora lo que le reservo. Me dijo que odiaba al espía llamado Brissac, y cuando le pido su escondite, me miente. Brissac está por los alrededores, y ella pensó en el faro, porque es universalmente conocido. Lo primera que se le ocurrió para salvaguardar la piel del que fué su amor. De acuerdo, Morbach.

El otro había saltado desde atrás hacía Janine Martel, retorciéndole los brazos hacia arriba. Ella gimió…

—Átale los codos, Morbach, en alto, sobre la cabeza. Ya conoces la postura. Supongo seguirás en posesión del magnífico látigo, que hace hablar. Empezaremos por el látigo, que traza bellas líneas carmesí sobre el blanco armiño de una hermosa piel.

Mientras Morbach ataba con arte los codos femeninos sobre la cabeza, Ralf von Deibler se había acercado a la pared para coger un látigo corto. Volvió junto a ella, que con los ojos cerrados, murmuró:

—Podrás matarme, pero al igual que de ti se burla Romanichel, también Víctor Brissac te…

Interrumpió ella su frase con un grito agudo, porque en su escote, allá donde el broche al aplastarse bajo una bala, había dejado una mancha rojiza, acababa Von Deibler de aplastar el encendido extremo de su cigarrillo.

Fué un dolor tan lacerante, que Janine Martel perdió el sentido, resbalando hacia el suelo, en vez de caer hacia atrás, porque el cuerpo de Morbach ofició de viva pared.

—La persuasión ejerce mejores resultados, coronel.

Aquella frase galvanizó a los dos alemanes, que simultáneamente miraron hacia la redonda ventana abierta… pero donde no había nadie.

—¡Alarma! —gritó Morbach, corriendo hacia la puerta.

—Y mucha —asintió la voz de Romanichel.

Esta vez miraron los dos hacia otra de las ventanas, que también acababa de abrirse…, pero no había nadie tampoco.

Un crepitar súbito rodeó el torreón, estallando a intervalos explosiones fragorosas, como si en la roquiza base del faro, reventaran minas.

Ralf von Deibler, pistola en mano, se adosó a una de las paredes, apuntando hacia la tercera ventana, que iba abriéndose.

Disparó, pero fué una bocanada de aire la que penetró, mientras en la ventana abierta primeramente, la voz burlona anunciaba:

—Puro y petaca para Von Deibler.

Dos disparos más taladraron el aire, en la ventana primera. Todo eran disparos y explosiones en rededor del faro, mientras en lo alto, se apagaba el foco, tras un certero morterazo.

Von Deibler apuntó hacia la segunda ventana.

La voz de Romanichel se oyó, sin que asomara. Hablaba a gritos, para dejarse oír:

—Mañana se propagará el rumor de que una lancha torpedera aliada ha destrozado este faro, Von Deibler, pereciendo tú entre las ruinas. ¡Cuidado, Von Deibler! Por la puerta te encañona el suicida teniente Víctor Brissac…

Von Deibler apuntó ahora rápidamente hacia la puerta. No había nadie. En su frente perlaron unas gotas de sudor.

—Tu soldadesca salta por fin hacia el paraíso de las Walkiryas, Von Deibler. ¡Cuidado, la tercera ventana, compinches!

Disparó el teutón contra la ventana aludida. Un saco de paja quedó acribillado, atravesado sobre el reborde.

En el suelo, Janine Martel reptó de lado basta quedar protegida bajo un diván Luis XV, mientras se oían desmoronarse piedras… Iba decreciendo el estrépito.

Von Deibler miraba hacia la puerta y hacia las ventanas, en rápidas sacudidas del grueso cuello. Esperaba la llegada de los soldados que defendían los dos pisos superiores del torreón.

Pero la disciplina germana era respetada, y lo fue hasta el final. Ellos tenían orden de permanecer en las troneras, para repeler el ataque posible.

Y los certeros morterazos fueron derribando la parte superior del torreón, cuya bóveda de base crujió, pero permaneció resistiendo.

Cayeron placas de yeso, levantando remolinos de polvo blanco, en la sala donde Von Deibler contra la pared, dirigía el cañón de su pistola hacia diversos puntos.

Una mano le cogió la muñeca, y entre la polvareda, el alemán luchó con energía contra el invisible atacante. Sólo oía la respiración entrecortada del que pegaba rodillazos y trataba de desarmarlo…

Consiguió Von Deibler aplicar un atinado puñetazo, y percibió que la presión adversaria sobre su muñeca, aflojaba… Empujó con la cabeza contra el cuello del que ya había reconocido como Víctor Brissac.

En la puerta, Romanichel advirtió:

—También «tocan el piano» los míos, Von Deibler. Y tu orquesta ha enmudecido… Abrevie, teniente Brissac, porque vienen ya refuerzos «boches». Y hay que hacer saltar los restos…

Víctor Brissac golpeó con saña, sangrante la cara, hasta que Von Deibler dejó de forcejear. Lo arrastró por el cuello, al exterior, mientras Romanichel se alejaba ya corriendo hacia un «DKW», llevando entre sus brazos a Janine Martel.

Las motocicletas y los coches se alejaron a toda velocidad, pero conducidas por los «compinches». A lo lejos se divisaban ya los resplandores de coches alemanes, acudiendo.

Una doble explosión estruendosa, redujo a cenizas lo que quedaba en pie del torreón, y las llamas fueron iluminando con siniestro fulgor la explanada en alto, sembrada de cadáveres.

***

«UN AUDAZ GOLPE DE COMANDOS EN LA COSTA FRANCESA», publicaron al día siguiente los periódicos aliados.

Sólo el Servicio Secreto sabía que la acción contra el faro de Ploumanach, se debía al apodado Romanichel, de verdadero nombre Ivon de Josselin, marqués del mismo título.

El mismo que, sin quitarse el casco, y cuando motocicletas y coches alemanes fueron a hundirse en el agua, y se habían retirado

los «compinches», se acodó por fuera en el marco de la ventanilla del único «DKW» liberado de ser hundido.

—Pregunté a Londres por mi especial emisora, si podía esta noche iniciar el apagamiento del faro de Ploumanach, tras haber sido visto el teniente metiéndose en el barco podrido, y haber divisado la escolta de Von Deibler dirigiéndose al faro. Hace tiempo estaba minado. No fué por usted, Brissac, sino por la señorita Martel. Antes que se me olvide, debo decirles que gracias al ajetreo que ustedes dos causaron en los hombres de Von Deibler, me fué posible por fin, localizar el «Erizo». Bien, ya lo he comunicado al comandante Lefebre, para que cuando llegue la hora «H», sepan los comandos dónde no deben pisar, y de dónde puede partir un contraataque muy peligroso.

En el volante, Brissac no quería mirar por el espejo retrovisor, a la que atrás, escuchaba ansiosamente.

—Si vuelve a Londres, terminará mal, Brissac. Si se queda por aquí, también terminará mal, porque me apuntó con una pistola, aunque reconozco que fué por una mal empleada galantería. Los franceses somos así. Y usted, señorita Martel, para ser una aficionada al espionaje, no lo hizo mal. Casi logró engañar a Von Deibler.

—¿Dónde está Von Deibler? —inquirió Janine.

—Oficialmente, entre las ruinas del faro. Privadamente, camino de mi palacio subterráneo. No podía morir heroicamente, el que torturó a muchos. Creo que sufrirá una larga agonía, no a mis manos, sino a las de ciertas viudas verdaderas, y padres desconsolados. El odio es malsano, porque se contagia.

—¿Quién es… usted, Romanichel? —susurró ella.

—Soy… Romanichel, y beso su mano, señorita Martel, con mis mejores deseos de porvenir sonriente.

El marqués de Josselin se perdió en las tinieblas. Ella murmuró:

—¿Qué piensas hacer ahora… que ya sé que no puedo odiarte? Los alemanes pueden detenernos…

Víctor puso en marcha el vehículo, y poco después replicó:

—Este es un coche con banderín de la Gestapo, blindado, y de paso libre por donde vaya. Todavía no ha cundido al sur, el eco de las explosiones del faro de Ploumanach. Soy un asesino, Janine…, pero me redimiré si te casas conmigo, emprendiendo una nueva vida lejos. A mi patria le di cuanto poseía, mi honor de oficial, y por ella acepté morir…Dame tú una nueva vida.

***

El «DKW» llegó libremente hasta Lyon, donde un carromato de zíngaros aceptó esconder a la pareja que se presentó, ofreciéndoles dólares, encontrados en un bolsín del «DKW» de Von Deibler.

Atravesada la frontera suiza, Víctor Brissac y Janine Martel, durante unos días se dedicaron con pleno egoísmo a ellos solos. Fué muchos días después, cuando ella preguntó:

—¿Qué sería el «Plan Erizó»?

Brissac se limitó a besarla.

Terminada la guerra, el Estado Mayor reveló que Von Deibler, había socavado largas líneas, partiendo de granjas. Los pajares que apuntaban hacia el cielo inofensivos palos, ocultaban gruesas piezas de artillería, y otros, casamatas con lanzallamas y cañones rápidos.

Pero el desembarco no tuvo lugar por la costa bretona.

Y terminada la guerra, nadie habló del marqués de Josselin, porque el bandolero Romanichel había muerto al estallar a su lado una bomba lanzada por un avión aliado.

El comisario Dorval guardó el secreto que le hizo jurar el bretón. En el rol de la marina de guerra, junto al nombre Víctor Brissac, una mano militar había escrito:

> «Muerto en la acción de asalto del faro de Ploumanach.»

FIN


CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...
D.D.T.